

Juan Carlos Ferreyra

[www.ibicuy.com](http://www.ibicuy.com)

Programa ibicuy

**La salida de las drogas**

### **AGRADECIMIENTOS**

Al doctor Eduardo Kalina, mi padrino a lo largo de todos estos años.

Al señor Eugenio Lesik, quien fue como un padre en mis comienzos.

A mi familia y a todos mis seres queridos, que me nutrieron con fuerza.

A la licenciada Patricia Dreyzin, sin cuya colaboración este libro no sería posible.

### **PALABRAS PRELIMINARES**

Hace años que creé el programa **IBICUY** en Argentina y desde entonces lo dirijo. Conozco bien el problema de la drogadicción pues pasé por él y soy consciente de la extrema dificultad que reviste. Por eso, sé que no puede enfrentarse con medidas débiles o fugaces, ni con rigidez intelectual o purismos elegantes que, en la práctica, fracasan. Nuestro camino es llano, simple y directo. No es fácil para ninguno: ni para los chicos que tratamos, ni para sus familiares, ni para nosotros. Tampoco es un camino que nos ponga totalmente a cubierto de equivocaciones o asegure una efectividad absoluta en todos los casos. Sin embargo, los hechos me demuestran continuamente que, hasta hoy, es el mejor que se pueda encontrar. Por eso seguimos perfeccionándolo, ofreciéndolo y brindándolo a quien lo necesite. Por eso también tratamos de extenderlo convencidos de que nadie, a quien este programa le resulte indispensable, debe quedar fuera de él.

### ***¿Castigo u oportunidad?***

Para cuando los jóvenes llegan a **IBICUY** han experimentado una serie de fracasos y sufrido una grave pérdida de amor propio. Con frecuencia los residentes ingresan después de algún grave acontecimiento en carácter de detonante, frente a lo cual sus

padres quieren darle lo que hemos dado en llamar «una última oportunidad» para su rehabilitación. Todo esto deriva de un error natural. Los padres, enojados por el daño causado por sus hijos, lógicamente piensan en castigarlos y consideran IBICUY, justamente, como un castigo. Están equivocados en todo sentido: no se dan cuenta de que ese hijo o hija no pueden poner fin a su mal comportamiento por sí mismos y de que, lejos de ser «demonios» o «malvados» (o lo contrario), se hallan atrapados en un cuadro de mala conducta del que no pueden salir por propia voluntad, aunque así lo deseen. El mal comportamiento tiene motivos, y mientras que dichos motivos no son una excusa, son a la vez tan reales y poderosos como la marea del océano. A su vez, no puede ser superado mediante amenazas, castigos o recompensas, y tampoco superado por «una oportunidad más» porque no tiene nada que ver con la causa del problema.

En el marco del amor o de la justicia, los padres deben dejar de lado dos falsas presunciones: primero, la de que el adolescente puede controlar su mala conducta y segundo, la de que **IBICUY** es un castigo.

Cuando un hijo adolescente promete mejorar su conducta a través del ruego de «por favor, sólo dame una oportunidad más», está siendo absolutamente sincero, a la vez que manifiesta su temor a algo nuevo. Pero no puede ayudarse a sí mismo en esas condiciones. Del mismo modo en que un alcohólico arrepentido jura sinceramente dejar de beber cada lunes por la mañana, es de suponer que hará el mismo juramento el próximo lunes, y el siguiente... un comportamiento sincero e irresponsable por parte del alcohólico e irresponsable (aún peor) por parte del miembro de la familia o incluso del profesional que ansiosamente cree en ese arrepentimiento, permitiendo que el alcohólico continúe, semana tras semana, año tras año.

Lo mismo sucede con la confusión del adolescente.

Por todo ello, IBICUY no es un lugar de castigo ni una institución correccional. Se trata de un espacio donde los adolescentes aprenden a cambiar y a lograr el control sobre sí mismos a fin de que la mala conducta no sea digna de ellos. Una tarea que requiere de educación además de entrenamiento y técnicas específicas. En este sentido, IBICUY es una GRAN OPORTUNIDAD para que un adolescente aprenda a ser competente, responsable e independiente; el comportamiento malo y peligroso se torna irrelevante porque las energías del joven han sido encauzadas por él mismo hacia esfuerzos productivos. En IBICUY educamos para la vida valiéndonos de gente, no de castigos. Se trata de un trabajo arduo y difícil, pero la realización de trabajos difíciles es lo que genera orgullo genuino en las personas. Los padres deben comprender que es más importante para sus hijos adquirir orgullo y amor propio que sentirse agradecidos hacia ellos por haber sido «buenos» con él. Y no deben subestimarlos, transmitiendo el engañoso mensaje de que papá y mamá piensan que son frágiles... en IBICUY ellos pueden.

Es importante recalcar que el programa **IBICUY** ofrece una opción de rehabilitación única en Argentina:

Por los fundamentos de su sistema terapéutico.

Por la adecuada duración del proceso.

Por las características ambientales del lugar, la estructura edilicia y de servicios.

Por la capacidad y experiencia de sus responsables.

Por su grado de seriedad.

Por el índice de resultados favorables.

## **IBICUY. POR UNA NUEVA VIDA**

Este libro contiene mi historia personal, que quisiera compartir con los lectores a fin de dar cuenta de mi profundo conocimiento de la problemática por haberla experimentado en carne propia. En segundo término, una exposición acerca de los lineamientos y funcionamiento del programa y por último, testimonios de ex residentes, quienes se convierten mediante sus propias palabras en los mejores exponentes de su efectividad y resultados positivos.

Juan Carlos Ferreyra  
Director Ejecutivo Programa IBICUY

## **INTRODUCCION AL PROGRAMA IBICUY ALGUNAS CARACTERISTICAS**

El programa IBICUY es una institución que se dedica a la recuperación y recreación de una vida saludable, dirigida fundamentalmente a personas adolescentes y adultos jóvenes de ambos sexos que presentan trastornos graves del comportamiento y/o consumo abusivo de diversas sustancias tóxicas y/o alcohol. El programa constituye en sí mismo el tratamiento, ya que todas las actividades, desde la más cotidiana y simple, hasta la más especial o compleja, están minuciosamente organizadas para que los diversos aspectos de la personalidad, los obstáculos que impiden el crecimiento, los conflictos no resueltos, se pongan de manifiesto y puedan ser tratados en el momento en que se hacen presentes.

El programa, ideado desde una perspectiva fundamentalmente conductista-reflexiva, adopta una lectura terapéutica y un abordaje institucional-grupal-familiar desde un enfoque predominantemente sistémico.

Es en el ejercicio del diario vivir y en el vínculo con los otros donde las modalidades de conductas que definen estas personalidades se hacen presentes y pueden ser abordadas. En el intercambio permanente de unos con otros y con el programa, a lo largo de los días, van surgiendo las diversas dificultades y fallas que van siendo trabajadas bajo los valores básicos de supervivencia y convivencia, y con los propósitos básicos de hacerse responsables de las consecuencias de las acciones y el objetivo de vivir creativamente bajo el marco de la ley.

Teniendo en cuenta que consideramos que los síntomas cobran sentido a la luz de las circunstancias sociales en que se desarrollan creemos imprescindible, para comenzar el tratamiento, el alejamiento total del medio familiar y social habitual. A la vez, el trabajo con la familia se realiza paralelamente al programa, en entrevistas exclusivas del grupo familiar y encuentros multifamiliares, todas las veces que sea necesario.

La puesta en marcha, práctica y afianzamiento de logros y conductas correctivas, sólo pueden realizarse a lo largo del tiempo, donde marchas y contramarchas, entusiasmos y caídas, van poniendo a prueba los alcances y desarrollando nuevos mecanismos de acción y habilidades que, poco a poco, van dejando su estado potencial para concretarse en hechos. Asimismo, el aburrimiento y la inconstancia, propios de estas personalidades, se trabajan en el tiempo, que no puede establecerse de antemano debido a la singularidad de cada caso, pero que nuestra experiencia señala como de aproximadamente entre 18 y 24 meses, sumando a eso la reinserción con sus etapas.

Nuestros objetivos son:

- Elevar la autoestima para sentirse dignos de una vida honesta, siendo útiles a sí mismos y a la sociedad.

Alcanzar capacidad de:

- Trabajo
- Organización

Ejercer la autoridad

- entretenerse
- establecer vínculos basados en diálogos francos
- establecer metas a largo plazo y sostenerlas
- tomar decisiones

En **IBICUY** creemos en que todas las personas tienen derecho a una vida saludable, pudiendo ejercer su libertad con responsabilidad, única y verdadera manera de ser libres, y desarrollar sus recursos y habilidades.

Lic. Patricia Dreyzin  
Psicóloga Staff Programa **IBICUY**

## **PROLOGO**

Me siento muy halagado por el hecho de haber sido invitado por Juan Carlos para prologar este libro.

Por diversas razones conocí al autor hace muchos años y estuve varias veces en EE: UU, el centro de recuperación de adictos en que él estuvo. También fui amigo del doctor Gerald Davidson, su co-fundador, y desde que Juan Carlos regresó de los Estados Unidos, lo apoyé y aconsejé en todo lo que pude, principalmente enviando jóvenes adictos a **IBICUY** para su rehabilitación.

El modelo **IBICUY** cumple un papel fundamental dentro del espectro de recursos terapéuticos que debemos contar en «adiccionología», la nueva disciplina que se dedica al estudio y tratamiento de estas personas que, como me gusta definirlos, perdieron su «proyecto de vida» y adoptaron un «proyecto de muerte».

A mi criterio no existe un único modelo de tratamiento y el que lleva a cabo **IBICUY** principalmente cumple una necesidad fundamental en nuestro repertorio de respuestas, que es reeducar a los que perdieron el camino y se «descarriaron», con el agravante de que además carecen -porque nunca lo tuvieron o porque lo perdieron- de un «proyecto de vida» que dé sentido a su existencia.

**IBICUY** no es un lugar de castigo (coincido con Juan Carlos) sino un lugar donde se aprende a pensar en las consecuencias de nuestros actos, y la terapéutica conductual que se aplica permite recuperar o aprender que la vida exige interrelacionarse con otros seres que tienen una «otredad» propia, y que no están al servicio de nuestros deseos o impulsos.

A través de la vida, en **IBICUY** se aprende a conocerse, a conocer y reconocer al otro, es una terapéutica contra el «narcisismo-egoísmo» que, por norma, caracteriza a la psicopatología del adicto.

Es decir que es un contexto privilegiado para el aprendizaje de una vida en libertad, concepto que lleva implícito el reconocimiento a la libertad del otro ya que el adicto, tal como lo dice la etimología de la palabra, es un esclavo.

Considero que este libro es un testimonio de la vida de un luchador como lo es Juan Carlos, que generosamente ofrece a los otros su experiencia de vida para ayudarlos a que recapaciten y encuentren su propio camino.

Disfruten de una lectura amena, sustanciosa y fundamentalmente esperanzadora acerca de la rehabilitación y reeducación para una vida en libertad de aquellos que adoptaron la adicción, léase esclavitud, como una solución errónea ante sus dificultades para vivir.

Los «paraísos artificiales», como definía Bandelaire a las vivencias que le producían las drogas, terminan en la enfermedad discapacitante, cárcel o muerte.

En este libro encontrarán una nueva posibilidad para cambiar, que es el único camino auténtico hacia una nueva vida.

Eduardo Kalina  
Médico especialista en psiquiatría  
Máster en adicciones

I

## **LA HISTORIA DE JUAN CARLOS FERREYRA INFANCIA**

### ***Escapar y especular***

Una de las características más proclives a formar parte de la personalidad de un adicto es la tendencia al escapismo. En mi estructura de personalidad, ésa fue una actitud configurada desde mi niñez. Al salir a trabajar, mis padres me dejaban al cuidado de la empleada y yo lograba escaparme de su tutela, a tal punto que ella no podía cumplir con sus labores diarias porque debía permanecer muy cerca de mí, sin perderme el rastro.

Pero en cuanto se alejaba, yo huía por alguna ventana, trepaba por las paredes de la casa, salía al parque, del parque a la calle y no volvía hasta bien entrada a la noche. Hoy vislumbro aquel comportamiento como germen de tal tendencia que derivó, luego, en la construcción de una actitud frente a la vida respecto de uno de los principales avatares que ésta propone: ¿cómo pararse frente a los problemas? ¿Cómo resolverlos?

Tenía siete años y vivía en Olivos, en esa época era un barrio muy tranquilo. Por las noches todos jugaban en la calle sin problemas. Al no haber televisión, ni computadoras ni Internet, la calle atraía como un imán. Si podemos pensar que es mucho mejor para el crecimiento de un niño jugar al aire libre que la opción del encierro frente a la pantalla, también debemos tomar en cuenta que hay reglas. Más que tomar en cuenta, es imposible obviarlas. En mi familia, entonces, había reglas, como en cualquier otra familia, como por ejemplo regresar en un horario estipulado, que yo debía cumplir pero que en cambio transgredía constantemente.

Claro que esta trasgresión tenía un móvil oculto que, en general, no se manifiesta con claridad (y mucho menos en un niño): huir de los problemas, aterrorizado por la posibilidad del aburrimiento, o de no tener nada que hacer. Mi deseo circunscrito al mero hecho de pasar el rato con amigos en vez de, tal vez, cumplir con las tareas escolares o cualquier otra obligación. Escapar, escapar... De nada valían las indicaciones: «volvó cuando se apagan las luces de la calle». La oscuridad me sorprendía jugando a las escondidas y no me importaba. Ya de regreso. Antes de entrar, espiaba por la hendija de la puerta del garaje para ver si veía las gomas del auto de mi padre... si yo llegaba más tarde que él era gravísimo. Pero sabía lo que vendría, no eran consecuencias que me dejaran por fuera de la idea de repetir ese comportamiento. He aquí otro ingrediente para lo que se estaba asando, fuego lento: la especulación. Para mi razonamiento, resultaba tan normal planear el escape de mi casa como la consecuencia misma del hecho. Esto sería: me escapo, sé que vuelvo a la noche, mi padre me da una paliza y me manda a la cama, a la mañana siguiente olvido todo y vuelvo a hacer lo mío, dispuesto a pagar el precio (la paliza) por lo que quería -¡se me antojaba!- hacer. He aquí la especulación: sabiendo lo que venía, estaba dispuesto a pasar por eso, y de alguna manera hacía lo que yo quería sin importar la consecuencia.

Mis padres reaccionaban con amenazas: «te voy a mandar a un colegio pupilo», «no salís más a la calle» Para mí era muy relativo porque no tenían peso de disuasión. La única manera en que podían evitar que yo franqueara la puerta era haciendo guardia. Si me lo prohibían y luego me dejaban al cuidado de la empleada no tenía sentido: volvía a escaparme. Y a especular. Y a escaparme. Y a repetir este patrón que luego anunciaría cada vez más y peores desastres.

## **LA ESCUELA**

### ***Ansiedad, inquietud, irresponsabilidad...***

Si bien no había problemas con mi inteligencia o capacidad de absorción de conocimientos, fui un alumno bastante malo. En la primaria, un colegio inglés privado, mis padres eran citados permanentemente por mis problemas de conducta o falta de atención. Muchas veces cambié de colegio, siempre por travesuras y mala conducta. Era mal alumno, no porque no retuviera los conocimientos, sino por absoluta falta de responsabilidad, ya que pasaba de año con lo que escuchaba en clase y jamás me sentaba a estudiar. Ya en la secundaria me he llevaba hasta ocho materias y a fin de año estudiaba de los resúmenes y rendía.

Si bien estaba estimulado educativamente, las clases me resultaban aburridas: comprendía sin dificultades la lección pero debía esperar a que todos mis compañeros entendieran... y el «monstruo» del aburrimiento se me plantaba frente a las narices. ¿Paciencia? No, jamás. ¿Esperar? Tampoco. La paciencia es una virtud que se construye en una dirección diametralmente opuesta a la estructura que mi personalidad iba adquiriendo.

Decía que no era un niño tonto, todo lo contrario. Muy inquieto intelectualmente, no había juguete que no desarmara para indagar en su funcionamiento, tal era mi permanente curiosidad por investigar. Los rompía y abría para luego volver a armarlos tal y como estaban. Pilas e imanes me llamaban poderosamente la atención y recuerdo haber desarmado el mismo juguete varias veces, lo cual también denotaba algo del ensañamiento, de la agresión. En Navidad, no podía esperar hasta la noche para ver los regalos. Me veía compelido, aunque sea, a rasgar el envoltorio e investigar de qué trataba. Cuando llegaba a mis manos algún camioncito para armar, ni siquiera podía esperar tener el cemento para pegarlo, lo armaba aunque sea sin cemento. Ansiedad, saltar pasos, agresividad... más elementos constituyentes del grupo de actitudes negativas que prevalecen en el adicto. Es que al tomar contacto con la droga, la inquietud de investigar y ansias de saber me llevó a profundizar en el tema, justamente, de la droga, con lo cual en este caso se constituye en una inquietud que, claramente, juega en contra. No caben dudas acerca de la presencia positiva de la avidez intelectual en el crecimiento de un ser humano, sólo que puesta al servicio de fines destructivos se transforma en contraproducente, en dañina. Lo cual se pone de manifiesto en los procesos de rehabilitación, cuando observamos cuánto más dificultoso es, para personas de mayor nivel intelectual, hacerse cargo abiertamente de sus sentimientos, declarar con honestidad qué piensan y qué sienten; en cambio, la exteriorización de síntomas es mucho más fácil para una persona con un menor coeficiente de inteligencia, con menor preocupación racional.

## **ADOLESCENCIA**

### ***Seguir huyendo... Sin límites...***

En la escuela secundaria cargaba, como un lastre, con los problemas de conducta de la primaria. El escapismo mantenía su presencia como síntoma, cada vez más franco, en mi comportamiento general: aún todavía sin intervención de la droga «me hacía la rata» o faltaba a mis obligaciones escolares, dejando de estudiar con toda intención. Por ejemplo, la clase de historia no me interesaba porque la profesora indicaba «estudien de la página tal a la tal» y luego, simplemente, se dedicaba a tomar lección. Y yo me rebelaba totalmente frente a ese tipo de cosas, porque ¿para qué iba a clase? Pero mi rebelión no me llevaba a barajar opciones más positivas que tal metodología presentaba, sino simplemente a adquirir la costumbre, negativa y carente de responsabilidad, de no estudiar nunca para luego rendir los exámenes a fin de año.

Hacía bastantes actividades fuera de la escuela y una de mis prioridades era jugar con mis amigos. Era un adolescente sumamente curioso y muy autodidacta, en todo sentido. Me interesé por la electrónica, el audio, la fotografía, kartings y motocicletas. En casa no había problemas económicos pero si quería obtener una moto, por ejemplo, me las tenía que ingeniar. Tuve mi bicicleta ya desde los siete años, y salía a la calle anunciando «me voy a dar una vuelta», pero en realidad pedaleaba hasta el Microcentro, desde Olivos, derecho por la avenida Maipú... Entonces mis padres me imaginaban con una moto y

temblaban de miedo. Recién logré comprarla a los trece, justo antes de emigrar a los Estados Unidos. En general, frente a esto y muchísimas otras situaciones, siempre demostraron una carencia generalizada de puesta de límites... y cuando lograban instaurarlos resultaban muy débiles o ya muy injustos. Nunca sobrevenía lo indicado en el momento correcto. Ellos nunca se llevaron bien, abundaban situaciones de violencia y celos. Mi padre no era especialmente demostrativo y mi madre era quien más se ocupaba de cuidarme cuando 'estaba enfermo o de atender mis necesidades. Pero ambos eran más bien inexpertos y por lo general quedaba a cargo de la empleada pues salían a trabajar en el negocio familiar la joyería.

## **EXILIO EN ESTADOS UNIDOS**

### ***La primera experiencia con la droga***

Luego de separarse, mi padre formó una nueva pareja. Mi madre también, pero por un lapso reducido, un año como máximo, y luego se volvió a separar. Como en los años setenta las condiciones eran propicias decidió emigrar a Estados Unidos, y yo junto a ella. Allí vivimos hasta 1976, entre mis catorce y veinte años. Nos mudamos a Nueva Jersey. Nunca tuve problemas con el idioma porque había cursado estudios en un colegio inglés. Y tampoco tuve problemas de conducta en la escuela porque se practicaba otra metodología, mucho más dinámica y estimulante. Daban ganas de ir a clase, mientras que lo que recordaba de Argentina tenía el perfil de una experiencia verdaderamente aburrida y contraproducente, resumida como asistir a la escuela a ver cuántos hace llorar hoy la maestra. A pesar de no tener dificultades para comunicarme, se me presentaron serios problemas de adaptación porque no tenía amigos y me sentía muy ajeno. Fue mi primera experiencia de barrera cultural... Y también fue mi primera experiencia de contacto con la droga.

«Para no ser menos...»

En el lugar donde trabajaba había un grupito de gente que se reunía, a la hora del almuerzo, en la playa de estacionamiento, para fumar marihuana. Me uní a ellos para no ser menos y ser aceptado, porque no tenía amigos y ansiaba tenerlos a toda costa. La droga era para mí un tema tabú, le tenía miedo. Pero como le di un par de pitadas y no me hizo efecto, creí que todo era «una cuestión psicológica», que en realidad no hacía nada pero que si uno creía, sí hacía efecto, y que era una cuestión de predisposición. La segunda vez fumé con más confianza y fue la primera vez en que sí me hizo efecto. Al principio, me reunía con ellos cada tanto, después ya una vez por semana, dos y luego... todos los fines de semana... así, sucesivamente. Comencé a subir la frecuencia, a subir (¿o bajar?) esos escalones.

Mientras tanto la relación con mi madre se tornaba cada vez más complicada y comencé a pensar en la forma de escapar, para lo cual decidí que, casarme con la primera mujer que encontrara, era la opción. Así en 1973 me casé por primera vez, a los diecisiete años, escapando de mi casa. Al ser su único apoyo, con quien ella hablaba y la acompañaba, me sentía como su marido. Había considerado que si lograba obtener mi propia casa podría dejar de ser el marido de Alicia, mi madre: una actitud que sólo empeoró aún más la situación porque, ante todo, yo no estaba ni remotamente preparado para asumir las responsabilidades de una casa y un hijo. Puedo decir que no estaba preparado para asumir ninguna responsabilidad. Mi personalidad de adicto estaba en plena construcción.

## **EL REGRESO**

Después de contraer matrimonio regresé a Argentina, tentado por el ofrecimiento de mi padre: abriría un local en avenida Cabildo para que lo administrara, además de facilitarme un pequeño departamento donde me mudé junto a mi esposa y a mi hija, Diana. Mi padre quería que vuelva, me extrañaba, o al menos era lo que decía. En cierto modo, quería rescatarme, encaminarme, que me convirtiese en comerciante como él. Posiblemente quería sacarme de toda esa situación horrible.

La relación con mis hermanas Claudia (fallecida hace cuatro años en un accidente de auto) y Andrea, la más chica, quien vivió siempre con mi madre, había sido siempre muy competitiva por el cariño de mis padres, todo lo cual dio como resultado una familia con grados de tensión insoportables y constantes. La competencia con mis hermanas y este tipo de relación con mi madre y, por otro lado, mi padre deseando que vuelva a la Argentina, eran las situaciones que daban marco al historial de una familia que desencadenaría, irremediablemente, en alguna explosión de la cual yo estaba haciéndome cargo, sin saberlo, inconscientemente.

Casado, con mi hijita bebé y mi mujer norteamericana, que era un año menor que yo y escapaba de una situación similar a la mía (los iguales se juntan, eso es indudable) me instalé nuevamente en Buenos Aires y comencé a trabajar en el local de Belgrano. Fue aquel día que, al regresar a casa, encontré a quien era mi esposa con uno de mis amigos. Entonces dije basta. Decidí terminar nuestro matrimonio y alquilé un departamento para que se mudara allí con Diana, mi hija mayor. Me pidió dinero pues quería viajar a visitar a su madre en Estados Unidos. Tiempo después volvió a pedírmelo para un segundo viaje, y cuando lo hizo para un tercero se lo negué y le expliqué que debía acudir a su familia. Fue cuando me dijo que nunca más la vería. Esperé cuatro o cinco meses por su regreso, hasta que decidí viajar a buscarlas, pero cuando hablé con la familia nadie sabía dónde estaba. Finalmente logré ubicarla por teléfono: luego de una feroz discusión colgó y al día siguiente cambió su número. Perdí todo contacto (por un lapso que se prolongó durante ocho años) con ella pero, principalmente y lo que fue más doloroso para mí, con mi hija.

### ***Anestesiarse el dolor***

Empezó mi calvario, el principio del fin. Oscuridad. Tristeza. Nada tenía ni un ápice de sentido para mí. Veía

Ropita de la nena por toda la casa, sentía su perfume, recordaba su rostro y no sabía dónde estaba. Era necesario tapar, obstruir el dolor que invadía como un dique que se rompe. Yo ya estaba listo, el terreno preparado para zambullirme de lleno en un camino que, hasta ese momento, ni imaginaba cuán nocivo y destructivo podía ser. Creo que ni siquiera me importaba sopesar las variantes.

### ***Relaciones de uso***

La desesperación, la mala situación afectiva y dejar de ver a mi hija dieron forma al mayor detonante para que comience a drogarme de un modo tremendo, descabellado, con locura.

Encontré un grupo de personas que conocía de Olivos, y nos juntábamos a fumar marihuana, tomar drogas farmacológicas, ácidos, distintos tipos de té y hongos, cocaína y todo junto también. Era plena época de la dictadura militar y yo era un hippie de los setenta, pelo largo y defensor de la paz, una tendencia de moda. Nos juntábamos en mi departamento de capital y siempre venía alguien. La relación entre gente que se junta para drogarse es de puro uso. Si tenía droga venían a mi casa, sino íbamos en busca de

quien la tuviera durante, a veces, largos derroteros nocturnos, buscando de casa en casa. Esa era la actividad: derroteros y drogarme sin parar.

### **VIDA COTIDIANA EN EL INFIERNO**

Había dejado de trabajar. Pasaba por el local apenas un momento para irme lo más rápidamente posible dejando todo a cargo de las dos empleadas y... a drogarme. Dinero siempre tenía, con lo cual no me faltaban sustancias, al igual que estos «amigos» quienes venían también a drogarse. De cualquier modo lo haría: solo o acompañado. De cualquier modo la conseguiría: falsificando recetas y yendo de farmacia en farmacia hasta que en alguna lo lograba y compraba pastas. Por otro lado, un vendedor me dejaba marihuana y cocaína de a kilos. Era joven, tenía tolerancia física y cuando llegaba a algún límite, del estilo decir «me muero», interrumpía el consumo por un lapso de tiempo para comenzar otra vez. Nunca fui al médico porque no quería ponerme en evidencia, así que transcurría aquellos momentos solo o con la gente que estaba conmigo. Nada, ninguna de esas situaciones me ponían en guardia, en querer dejar, no me asustaba, me recuperaba para continuar.

Era como un suicidio lento, no planeado, sin decisión previa y, en algún lugar, guardando una esperanza, porque si hubiera querido matarme lo hubiera hecho. El juego con la muerte, el coqueteo con el punto de no regreso se había puesto en marcha con aseveraciones del estilo «si quiero salir salgo». Tenía amigas y novias porque la droga no me impedía las relaciones con las mujeres. Algunas de ellas no se drogaban pero la mayoría sí y yo prefería estar con éstas, porque si no tenía que andar cuidando mi condición y ocultar mi estado, y no tenía el

Menor interés en ello, siendo que en mi vida cotidiana no tenía conflicto alguno porque nunca estaba en condición «careta», es decir, limpio, sin droga. No había diferencias, siempre estaba «dado vuelta». Desgraciadamente, en una oportunidad tuve entre mis manos una considerable cantidad de pastillas de ácido lisérgico (algo así como mil quinientas) y tomaba todos los días: medio a la mañana y medio a la noche. ¡Todos los días, durante un año! No sé cómo no me volví loco. Y además me inyectaba cocaína, fumaba marihuana, pastillas, todo junto...

Alcohol, nunca. De chico recuerdo que mi viejo me dio para que probara un poco de vino y no me gustó. El alcohol nunca me llamó la atención porque no me gustaba el mareo, y si tomaba alcohol era para perder la noción, pasar el límite... si no, no era placentero pues la opción de disfrutar de un vaso de buen vino, no tenía gracia. La permanente era no enfrentar lo que tuviera que enfrentar: aburrimiento, dificultades, la desolación al enfrentar el hecho de no saber dónde estaba mi hija. El exceso llegó como este modo de cubrir y anestesiar el dolor para no enterarme siquiera dónde estaba parado. Armar mi existencia en función de ese instante feroz en que la droga entra al organismo. Darle absoluta prioridad o mejor dicho, anular cualquier otra cosa. Me vestí con el traje del adicto y me instalé en el personaje, con todas sus implicancias. La droga no me atrapó. Yo la abracé, fue mi elección, la única decisión que tomé en ese momento.

### **LA CARCEL**

Solamente algún suceso podría quebrar la realidad en la que me hallaba inmerso. Fue cuando me encarcelaron: implicó un antes y un después, un punto de inflexión.

La Policía estaba tras la pista de una de mis conocidas en cuya casa yo pasaba largas veladas, y habían tomado fotos de su departamento.

Cuando ella cayó presa por tenencia y consumo, lograron identificarme en las fotografías y llegaron a mi departamento: vieron el living hecho un desastre: un tendal de semillas de marihuana por todos los rincones. Reventaron todo y luego de pegarnos una paliza a mí y al muchacho que estaba conmigo, me llevaron al calabozo.

Corría el año 1978, plena dictadura militar, época de terror, muerte e instituciones corruptas. La misma Policía vendía droga; mi amiga solía ir al Departamento de Toxicomanía de la Central de Ingeniero Huergo, y en la esquina de Paseo Colón se encontraba con cierto principal que le vendía todo tipo de sustancias con la condición de que ella, cada tanto, denunciara a alguien. Obviamente que jamás lo hizo, por lo cual fue apresada. Ese era el funcionamiento en esos tiempos cuando además, a diferencia de la actualidad, el consumo no estaba penado. Si bien era comprometedor era un delito excarcelable. Pasé dos noche en la alcaldía de Tribunales y me dejaron salir por falta de méritos (vaya a saber qué mecanismos se pusieron en marcha). De otro modo me habrían procesado, pero el delito seguía siendo excarcelable.

### ***La institución policial y la droga***

Si un policía, en este país, puede hacer tratos con el delito, no es extraño que la institución en general ejerza un trato equivocado respecto del tema droga. Es que la ley está equivocada cuando reprime a quien se intoxica voluntariamente. Mi visión de la institución policial en ese momento ya era de una absoluta falta de respeto: si sabía de antemano que ellos mismos vendían, ¿cómo los podría respetar? ¿Cómo podría acatar la ley? ¿De qué ley me hablaban?

Es posible hacer un paralelo de este estado de situación con las relaciones parentales en el seno familiar. El niño absorbe de su madre amor, cariño, cuidado, relaciones humanas, afecto, y del padre toma para sí lo que constituye el mundo exterior, la ley, la demanda, la exigencia. En mi caso, ninguno de los dos cumplió su rol. La imagen de mi padre estaba muy desautorizada, por lo tanto del mismo modo se me presentaban las figuras de un juez, un policía o un maestro: en definitiva, todo lo que signifique autoridad.

Desde que tengo uso de razón mi visión del Estado es la de un aparato estructurado perverso, y quienes trabajan en sus organismos son agentes de ese Estado que roba. La paradoja es que la imagen de esta ley, sombría y oscura en este caso. Es la misma que, en su versión ética, juega el rol más fundamental para la cura de un adicto.

Es urgente un ordenamiento ético de la ley para la salud psíquica: la ley debe ser modificada en cuanto a la penalización, al menos en cuanto al consumo y la tenencia. No se trata de despenalizar, sino penalizar con tratamientos en vez del encierro o el castigo tras barrotes. La cárcel, a quien va preso por cualquier delito, no inculca valores de vida positiva, sino negativos. La pena, en todo caso, debe plasmar un proceso de cura y aprendizaje para poder vivir en sociedad.

En mi caso, la cárcel sólo provocó un cambio de óptica sin salir de ciertos límites en derredor del consumo enfermizo. Me gustaba la libertad y como no había modo de escapar de allí decidí seguir su juego: abandonar las drogas ilegales y reemplazarlas por drogas legales, es decir, farmacológicas.

### ***Las drogas legales y las ganas de drogarse***

Comencé inyectándome propoxifeno, un analgésico muy potente derivado de la morfina que actúa como depresor en el sistema nervioso. (Tiempo después este componente fue prohibido para la fabricación de medicamentos) Mi caradurez ya no tenía límites: no sólo me valía de recetas falsificadas, sino también de tarjetas de crédito, con la teoría de que los farmacéuticos sospechaban menos porque seguramente consideraban algo como que «no va a ser tan tonto en venir con recetas apócrifas y tarjeta de crédito». Nada me importaba: totalmente poseído por la droga, cualquier actitud era válida para obtenerla. No había modo de hablar conmigo, mis interlocutores se comunicaban directamente con la droga.

Este punto es algo muy difícil en cuanto a su comprensión, pero debe ser tenido en cuenta como primera medida: al iniciar un tratamiento de rehabilitación, tienen que pasar necesariamente al menos cuatro meses en que el adicto no consuma absolutamente nada, porque hasta que transcurre ese primer período no existe una persona que se comunica o habla, sino sus ganas de drogarse. Por eso un adicto en plena carrera, ante la pregunta por su posible recuperación va a responder que no tiene interés en ello, porque en realidad es la droga la que habla. Sólo después de ese lapso puede reconocer que sí, que la quiere dejar. Este es el motivo clave por el cual en IBICUY, durante los primeros cuatro meses del programa, no se permiten visitas con los padres ni ningún tipo de comunicación con el exterior. La decisión de consumir drogas legales fue lo que casi me llevó a la muerte varias veces, ya que revisten un peligro mucho mayor que las ilegales. Los cócteles de pastillas, por ejemplo, que incluían ciertas píldoras para adelgazar muy en boga en esos tiempos. Además me inyectaba todas las sustancias a mi alcance. Al principio, era ofrecer el brazo para que alguien más inyecte, pero poco a poco uno ya se prepara su kit. Lo hacía en cualquier lado y necesitaba imperiosamente repetir la dosis cada dos horas, porque si no sobrevenía el temido síndrome de abstinencia.

Mi vida personal era un viaje de terror. Si bien mantenía mi trabajo en el comercio todo era, francamente, barranca abajo. Seguía frecuentando ese mismo grupo de gente que se drogaba en casa, y el amor... ¿El amor? No, en esas circunstancias era imposible, ES imposible: no se puede amar a alguien y, al mismo tiempo, clavar una aguja en su brazo.

### ***Primera toma de conciencia***

Sucedió cuando caí preso, como decía antes. Al enterarse toda mi familia ya no tuve escapatoria y empecé a pensar en la posibilidad de salir de todo ello.

En realidad la droga no era el problema. Nunca lo es. La droga en sí no tiene entidad problemática, no es un monstruo de mal corazón que atrapa a seres desprevenidos para no dejarlos en paz. El problema era, como sucede con todos los adictos, yo mismo. YO era deshonesto, improductivo e irresponsable. La clase social tampoco es un condicionante: es sólo una variante que no define la causa pues puede suceder en todos los estratos. El hecho de que algunas personas se topen con la droga y la adopten, es otro tema. En todos los ambientes sociales hay, hubo y habrá drogas. La creencia errónea, de su identificación con ciertos sectores, se desmorona ante la evidencia de que se presenta en cualquiera de ellos: el presidente de los Estados Unidos probó marihuana, en la antigüedad se utilizaba para entrar en contacto con lo divino y miles de ejemplos más que no cito acá. Insisto: la droga no es el problema; la sustancia no tiene «la culpa».

Con un arma sucede exactamente lo mismo: puede servir para cazar o, comer, o para matar o robar, el problema es quién y cómo la maneje, qué fin y qué uso se le dé.

Lo que sí es posible afirmar es que los sectores sociales definen ciertas tendencias en el recorrido, lo cual es muy diferente a sostener que sean agentes causales: si un chico humilde se droga, lo encarcelan y luego lo destinan a un instituto de menores. Si un chico de familia adinerada se droga, lo envían a Europa, o al campo, para mantener tan vergonzante situación en secreto. La familia lo oculta, no sólo de los ojos de la sociedad, sino de su propia vida.

## **INTERNACIONES**

Después de caer preso había perdido mi departamento y vivía con mi madre. Ella advertía que yo me drogaba, pero había nada que pudiera hacer: en cuanto yo salía a la calle compraba algo y luego, si era necesario, me justificaba ante ella con cualquier excusa. No había caso... estaba perdido. Si no sucedía algo rápidamente, iba a directo a la muerte. Fue el comienzo de mis internaciones, en cuya gran mayoría acaecieron como resultado de alguna sobredosis.

La primera vez sucedió luego de haberme inyectado propoxifeno mezclado con un hipnótico para que «le cambie el mambo», como dictaba la moda del momento. Claro que no tenía en cuenta que el exceso de ese hipnótico produce amnesia: cuando lavaba la jeringa me preguntaba « ¿La estoy lavando porque ya me inyecté o porque me voy a inyectar? No...» -me respondía- «me voy a inyectar»... y me preparaba otro. Una y otra vez...

No recuerdo nada: mi madre me encontró. Tiempo después supe del estado en que me encontraba: vagando por la casa, desnudo; si quería agarrar algún vaso o cualquier otro objeto tiraba todo al piso; las paredes manchadas con chorros de sangre de las jeringas... Esta era la escena del infierno que desembocó en la primera de mis internaciones clínicas.

Pasé uno, dos meses tal vez, encerrado, solo, en una habitación. Pesaba cuarenta y dos kilos y tenía veintidós años. El diagnóstico médico era de depresión medular, un cuadro en que la médula deja de producir glóbulos rojos: me encontraba al borde de la muerte...

De a poco me fui recuperando, comiendo y engordando. Claro que, en ese tratamiento, no asistía a los grupos, ni a las charlas y de más está decir que esta actitud de desidia no traía consecuencia alguna. En definitiva, hacía lo que me venía en ganas. El tratamiento no tenía más componentes que el encierro y el chaleco de fuerza químico (es decir la medicación), básicamente para que el paciente se quede tranquilo. Al cabo de un mes, o dos, me dieron el alta y el mismo día en que salí a la calle volví a lo mismo de antes. Si consideramos que es necesario como mínimo un lapso de cuatro meses para que la droga se retire del organismo, cuando salí de la clínica no era yo aún, ni un atisbo de mi persona, sino la droga, gobernando, hablando, decidiendo.

Los distintos intentos terapéuticos a los que asistí luego fueron similarmente en vano: individual, de familia, grupal. Constituían parte del mismo mecanismo especulativo que ponía en marcha desde siempre: cumplir con todo lo que me pedían sólo para que me dejaran tranquilo. Lograr que confíen en mí y que dejen de controlarme para, de ese modo, continuar con lo que único que me interesaba: drogas. Ninguna de esas terapias tenía un móvil de decisión personal para la mejoría.

Considero que la droga es, en realidad, un sustituto del suicidio, la locura y de muchas otras manifestaciones del dolor psíquico. Funciona como paliativo, un intento de automedicación natural frente a lo que afecta o duele en el ser humano. Al tratarse de

dolor en el alma no es visible, tornándose muy difícil comprender cómo una persona puede infringirse semejante daño, pero también es cierto que el dolor sin droga es mucho mayor que el dolor con droga. Y en mi caso, estas internaciones sólo lograron poner en marcha nuevamente ese mismo «personaje» drogado, conservando las mismas conductas negativas resultado de la adicción, lo cual se debía a que, lejos de extirpar el mal original, no había ni siquiera ingresado a las puertas de una rehabilitación. Sólo lograban desintoxicarme. Entre mis compañeros internados había algunos que padecían de enfermedades mentales y cuadros de alucinaciones, además de su adicción. Esto implica otro diagnóstico y sin embargo se mezclaban con otros pacientes, como yo, que no presentábamos esos cuadros, respondiendo a un pensamiento muy corriente en la época que se basaba en considerar al adicto como un loco, por lo cual debe hacer una consulta con un profesional en psicología o psiquiatría.

Hay distintas posturas acerca de cómo tratar una adicción. No se trata en este espacio de juzgar o criticar las distintas vertientes pero sí dejar plasmada la experiencia personal al respecto. Cualquier tipo de psicoterapia verbal, realizada en consultorio, clínica o donde sea, pero de carácter ambulatorio, como dos o tres veces por semana en hospital de día, para los casos de un paciente que se droga, o incluso frente a un trastorno de la alimentación, revisten un grado de urgencia que no se puede cubrir con algunas horas por día y menos aún con algunas horas a la semana. Se trata de una persona pidiendo otra clase de contención. El primer objetivo a preservar es el de la vida, bajo determinadas condiciones, y una alta contención, que nos asegure y nos garantice que esa persona va a comer y no va a vomitar, o que no va a tomar alcohol o usar drogas, o no sufrirá una crisis de violencia en la que rompa vidrios o mate a alguien. Muchos chicos, por ejemplo, en internaciones de semana con fines de semana en su casa, utilizaban este tiempo para drogarse, y es ahí donde se los descuida. De ahí que las psicoterapias dinámicas, cualquiera sea la corriente que las sustente, no son aptas en estos casos. Sí pueden ser muy bien indicadas para otro tipo de pacientes o para las familias de los mismos, pero no para esta clase de pacientes.

En este punto es necesario repensar la cuestión en torno a las causas de la adicción: una de ellas es la falta de responsabilidad frente a la cual los tratamientos terapéuticos freudianos como el psicoanálisis no son viables (pudiendo ser absolutamente válidos en otras circunstancias). La urgencia concomitante en el tratamiento del adicto no puede esperar el tiempo que lleva un tratamiento de esas características, en principio frente a la emergencia física. Cualquier tipo de terapia presupone un encuadre y un contrato con una persona que se presume responsable no es posible, porque el paciente está en un estado de falta de responsabilidad para realizar un contrato, analizarlo o cumplirlo.

Volviendo a mis peripecias, al salir de la clínica seguí conviviendo con mi madre... y con la droga.

Un nuevo episodio de sobredosis ocasionó que decidiera, por cuenta propia, ingresar al CENARESO (Centro Nacional de Reeducción Social). Allí comprobé que todo era exactamente igual a una clínica, aunque más prolongada en el tiempo. En ese punto habían acertado, pues transcurrían esos cuatro meses donde todavía se está poseído por la droga, pero a pesar de las terapias grupales e individuales, no apuntaban al arduo trabajo de extirpar el problema de raíz a través del cambio de valores y de actitud frente a la vida. Su objetivo se limitaba a mantener al paciente entre sus cuatro paredes sin que se drogue y asistiendo a las terapias. Hacer deporte, desintoxicarse, sesiones terapéuticas con profesionales que ni siquiera sabían de qué hablaban. Sólo a la distancia, y luego de haber pasado por todo lo que pasé, hoy me doy cuenta a qué apuntaban: verificación de cuánta y qué droga se consume y con qué asiduidad, basándose en el concepto de la

época sobre la culpabilidad en sí de la droga y la necesidad de investigar su incidencia como entidad, siendo de este modo la droga el elemento por definición que, de por sí, convierte a alguien en adicto: engancha, atrapa, es un objeto con vida propia que ejerce su poder sobre las personas. Sobre la base de esta concepción vigente se comprende por qué todos los tratamientos apuntaban a mantener a la persona aislada, alejada, pero sin trabajar en el motivo que la llevaba a consumir. En el CENARESO, una institución gratuita solventada por el Estado y dirigida en aquella época por el doctor Cagliotti, no había límites, orden ni ningún tipo de actividad obligatoria. Me levantaba, desayunaba, y después deporte, a divertirse todo el día sin responsabilidad ni obligaciones.

Mi madre me extrañaba, me venía a visitar, traía las cosas que yo pedía y pedía, como todo adicto que demanda y exige: yerba, ropa o desodorante. Mi madre, haciendo gala de la relación enferma que nos unía (y hasta el día de hoy existe ese vínculo, sólo que ahora lo puedo soportar) conseguía los elementos que yo decía necesitar.

Allí estuve nueve meses (¿un parto?) y no dejé de consumir, gracias a que permitían salidas al exterior, porque si bien cuando regresaba había una requisa, no tenían en cuenta que antes de entrar yo tomaba una bolsita con droga y la revoleaba por encima de la reja. Una vez adentro y habiendo pasado la revisión, a recoger la bolsita y drogarse tranquilo.

Permiso para poder salir, o hablar por teléfono, tiene que ver con el desconocimiento de las raíces de la problemática y de su tratamiento, que comentábamos más arriba. La solución a la adicción se vislumbra más por el lado de la docencia que de la medicina. Más pedagogía que terapéutica. Sin dejar de aclarar que no se puede separar tajantemente lo terapéutico de lo pedagógico, pues no son aspectos disociados sino que tienden a integrarse, y así hay que entenderlo para que un tratamiento sea exitoso.

Teóricamente, se trata del Centro Nacional de Reeduación Social... pero, ¿a qué nivel? La mayoría de la gente internada allí provenía de un nivel socioeconómico bajo. Mi caso y el de unos pocos más eran raros. Pero no había otra posibilidad a la que acudir: eran clínicas privadas o el Centro... pero siempre clínicas.

Me dieron el alta acompañada de toda la perorata, un discurso que yo escuchaba y asentía: «ahora estás bien, estás limpio, vas a mejorar.». Yo me convencía y creía que estaba bárbaro, que podría manejar la situación. Pero nada más lejano: al salir de allí, fui directamente a la farmacia. Tal vez el aislamiento y la ausencia de los problemas provocaban que la necesidad de droga disminuyera pero, de hecho, tenía la opción de hacerlo y cuando podía lo hacía. Había sido tratado por profesionales sin la astucia necesaria para descubrir a un adicto. Referimos esta astucia como un sentido que se desarrolla entendiendo cuál es la problemática, como parte proceso que cualquiera puede decidir emprender. Pero el primer paso es comprender por dónde pasa la problemática: por los VALORES y LAS ACTITUDES DE VIDA. Si eso no es tenido en cuenta se está partiendo de un error importante. El ejemplo es: si a alguien le duele la cabeza va a tomar siempre su aspirina; podemos mantenerlo alejado de la aspirina, pero sólo por un tiempo ya que el día que dejemos de controlarlo volverá a tomar su aspirina pues la cabeza sigue doliendo, con lo cual lo importante es tratar el dolor de cabeza. Tratar la necesidad de drogarse, no la droga en sí ni sus efectos. Esto es lo que estas clínicas no tenían en cuenta.

Una nueva internación: esta vez, en una clínica que se asemejaba a un hotel de lujo. Fui solo, feliz, a pasar una temporada durmiendo y con comida cinco estrellas.

Allí fumábamos marihuana, tomábamos cocaína y disfrutábamos del suntuoso lugar. Obviamente, ese tratamiento no le sirvió nunca a nadie. Entre otras cosas, lo que fallaba ahí era que, entre el personal, había quienes también consumían, como los enfermeros.

Incluso proveían, a cambio de dinero, de droga a los internos pues sabían que a éstos dinero no les faltaba... Fueron algo así como dos meses, que costaron una fortuna y no sirvieron de nada.

### **SENTENCIA DE VIDA**

Finalmente algo sucedió, algo inédito, nunca antes intentado, apareció dando sus primeras señales para que yo lo tomara... o no.

Pero lo tomé. Un médico psiquiatra amigo de mi padre, el doctor Eduardo Kalina, le comentó acerca de un programa en Estados Unidos, en la ciudad de Maine. Novedoso, totalmente diferente a lo conocido, y cuya principal característica era que no se trataba de una clínica.

Fue así como, después de una segunda internación clínica que duró lo mismo que la primera, sin cambios, al salir de alta me condujeron directamente al aeropuerto. Era necesario experimentar pues veíamos que los médicos argentinos no obtenían ningún resultado favorable. Decidí asistir por propia voluntad porque me habían prometido el paraíso: un lugar con caballos y canchas de esquí. Pensé que era un tratamiento más y ya había casi perdido la esperanza de poder dejar la droga, ¡nadie daba en la tecla! Lo único que ansiaba, desesperadamente, era encontrar un lugar donde me curaran.

Paradójicamente, mi viaje hacia Maine tuvo una particularidad digna de ser contada: iba a viajar acompañado por mi padre. Mi visa estaba vencida, y la de mi padre no tenía vencimiento en su pasaporte. Mandamos los dos documentos para que me otorguen mi visa y así viajar junto con él, garantizando de este modo mi regreso. Resultó que se equivocaron, y como mi padre se llama Juan Ferreyra y yo me llamo también Juan Carlos, pensaron que era el mismo pasaporte y que mi padre quería sacar la visa con un pasaporte ajeno. Al retirarlos no nos dimos cuenta, pero cuando llegamos al aeropuerto y fuimos embarcar no le permitieron abordar el vuelo, lo cual desembocó en que, finalmente, yo viajara solo y con cinco mil dólares en el bolsillo, que en aquel momento era la suma de depósito inicial para el tratamiento. Solo, con todo ese dinero, a Estados Unidos... ¡Cómo temblaron acá! Para colmo llegué un viernes, y como no podía ingresar al programa hasta el lunes me registré en un hotel. Salí a la calle, compré marihuana, y me quedé dos días encerrado en la habitación fumando hasta que vinieron a buscarme las personas del programa.

### ***EE: UU, preámbulo de IBICUY***

Cuando llegué a EE: UU estaba totalmente drogado. Veía gente disfrazada, con carteles colgando del cuello, y todos trabajando. No me daba ni cuenta ni por asomo de cómo era el sistema y me parecía que nada de lo que veía, tan extraño, sería algo que yo tendría que hacer. Permanecer allí es voluntario, para lo cual era necesario firmar un acuerdo. Y firmé. Ni leí lo que firmé, total, si quería irme... me iba. Pero no sólo no me fui, sino que firmé mi sentencia de vida.

Recuerdo la entrevista de recepción con el director ejecutivo del programa, un médico psiquiatra. Cuando me explicó que era un programa muy difícil respondí, envalentonado, que me gustaban los desafíos. «Es una clínica más»... pensé. Mientras desarmaba la valija y sacaba mis esquís me dijeron: «esto no lo vas a necesitar», al igual que alguna que otra ropa que traía de más, anillos, reloj o cualquiera de mis efectos personales que pudieran representar una imagen mía de ese momento. Empecé a vislumbrar, a

sospechar tal vez, que no era una clínica más, pero no me daba cuenta aún ni por asomo de lo que me esperaba. Por primera vez en toda mi vida, sobrevendría un cambio real. Pero aún no tenía idea de ello.

### ***Contención para la vida***

El programa EE: UU está ubicado en la ciudad de Maine, en el corazón de un bosque alejado, a unos 45 minutos del poblado más cercano. En invierno puede hacer 30 ó 40 grados bajo cero y en verano otro tanto de calor. Su ubicación es muy estratégica ya que es fundamental, ante todo, encontrar un espacio particular que reúna las condiciones pues la contención del adicto no debe ser carcelaria, de barrotes y cerraduras, sino natural. En el caso de EE: UU se trata de casa en medio de un bosque; IBICUY una isla. Otro programa, el Quest, se desarrolla en una caravana, un viaje por el desierto que cada 30 días toca un poblado diferente y se mantiene permanentemente itinerante: una caravana terapéutica por el desierto de Arizona. No sólo asisten adictos, sino toda persona que quiera cambiar de vida. Otro, similar, funciona en un barco, en alta mar, de donde es imposible salir pero por contención natural, pues la persona que nunca se enfrentó a una responsabilidad va a querer escapar como lo solía hacer a través de la droga y al no disponer de ella, va a intentar otro tipo de escape. Es fundamental la presencia del elemento disuasivo: no es muy tentador escaparse de una isla y las probabilidades son pocas. Esta contención, natural y humana, descarta barrotes y cerraduras, componentes que responden al esquema carcelario con los que, por lo general, los chicos que llegan a la comunidad ya han estado familiarizados porque en su gran mayoría han estado en la cárcel. La comunidad pretende, antes que nada, que se alejen de ese concepto y no retornen a las condiciones de vida que éste presenta.

### ***Mi vida en EE: UU***

Mi primera sensación cuando me quitaron mis efectos personales fue la de que mis padres me habían engañado. El médico que había recomendado la internación había dicho que iba a ir a un paraíso a pasar unos días fabulosos. Parecía todo lo contrario: iba a tener que trabajar. Y no sólo eso: al cabo de una semana de mi estadía, empecé a tomar conciencia de que se trataba de un lugar donde se sufre, se pasa por un arduo proceso de cambio, de transformación como resultado del más duro de los trabajos.

Me asignaron a un departamento y de entrada recibí todo lo que se llama «la data», la información: cuando uno va a vivir a una sociedad, primero hay que conocer las leyes que la rigen para poder ser responsable de su funcionamiento porque sin conocerlas no se manejan los límites, ni propios ni ajenos, ni se sabe sobre qué situaciones se puede ser o no imputado por alguna acción. Es así como el primer mes transcurre, básicamente, a lo largo de reuniones con los coordinadores, y la enseñanza de todas las herramientas del programa y sus características para que el nuevo miembro asimile cuáles serán sus actividades y responsabilidades. En ese punto aparece el primer deseo de irse. Como la droga no tiene posibilidades de acción, se presenta otra alternativa: la búsqueda de excusas que de algún modo justifiquen escapar.

Recuerdo uno de los primeros días: pasé todo el tiempo repitiéndome a mí mismo «no voy a soportar, me quiero ir a Buenos Aires». Pregunté qué había que hacer para salir y me

indicaron que hablara con el coordinador. Cuando solicité el encuentro me respondieron «en este momento no se puede porque vamos a tener una asamblea general». Yo no sabía de qué se trataba. Me encontré con todo el grupo sentado en el comedor, en absoluto silencio, nadie fumaba ni conversaba. Unos 10 o 15 minutos después entró el director del programa con un muchacho al que ubicaron al frente de la reunión y le preguntaron por qué quería abandonar el programa. Ensayó algunas explicaciones como que no le gustaba, no era para él, esto y lo otro. Le señalaron que era un cobarde, que nunca terminaba lo que empezaba y que su familia no lo quería. Lo comunicaron por teléfono con ellos, quienes le dijeron que si abandonaba no lo querían ver más. Luego lo disfrazaron de conejo por querer escapar: como hacen los conejos, que huyen por el bosque, temerosos. Cuando terminó la asamblea volvieron a consultarme acerca de mi pedido de audiencia con el coordinador. «No, ya no es importante...», respondí. Había observado y concluido que la vía de salida no era de esa manera. Además, estaba empezando a darme cuenta de que no había hueco, como en las clínicas donde había estado anteriormente: no había guardapolvos blancos y no podía manipular a nadie. A partir del día de la asamblea, empecé a mostrar quién era y comenzó a funcionar el programa.

### **Avanzando**

Acompañado constantemente por un guardia personal me entregué a la cura. Me encontraba en buen estado físico pues venía de la desintoxicación clínica y mi ánimo era bueno. Todo era muy diferente, una nueva

Cultura, otros códigos y lenguajes. Las primeras noches no podía ni dormir pero de a poco me fui acostumbrando.

Una de las primeras sensaciones de cambio que experimenté fue el momento en que me ascendieron a procurador, que es una especie de agente de policía. Empecé tomar conciencia de lo que es tener cierto poder y confianza en mi propia persona. Daba órdenes y la gente me respondía. El juego de dar y recibir órdenes empezó a gustarme: me hacía sentir importante y era diametralmente distinto a una terapia ocupacional, donde uno pinta un cuadro y después lo tiran a la basura. Esto era concreto y real, y mis acciones tenían impacto directo sobre la vida de mis compañeros. Descubrí que al tener poder lograba modificar de algún modo las acciones de los demás y mi existencia como persona comenzó a tomar forma concreta: la droga había dejado de nombrarme. Era puro trabajo, y duro: el recuerdo de la filosa comodidad proporcionada por la droga hasta entonces quedaba en segundo plano, e iba desapareciendo.

Sólo una vez, transcurridos los primeros ocho meses, tuve una entrevista familiar. Inmediatamente apareció la manipulación: con toda clase de artilugios intenté convencerlos para que me saquen de ahí, pero cuando vi que ya no había caso me entregué para continuar con el programa.

Luego de la etapa de reinserción me gradué. Trabajé como miembro del Staff y, como era bueno en mi desempeño, quedé a cargo de la dirección de una de las cinco casas del programa. Abrí los ojos y la mente tomando nota de todo y fue cuando apareció la posibilidad y el deseo de hacer algo exactamente igual en Argentina. Era el año 1982, año del renacimiento.

Es importante destacar que, a diferencia de otro tipo de tratamientos donde su terminación no implica logro alguno real para la persona del adicto, en la comunidad existe una graduación, un diploma, el reconocimiento al increíble esfuerzo realizado en un

ámbito donde se sufre y se cambia, y que dista mucho de ser una colonia de vacaciones o un hotel.

## **NACE IBICUY**

Aún sin contacto con mi primera mujer, seguía sin saber dónde estaba mi hija. Recién al final del programa alguien de mi familia consiguió su número de teléfono y logré comunicarme con la nena. Habían pasado ya como seis años. Era una asignatura pendiente, reencontrarme con mi hija y retomar la vida desde ahí.

Volví a Argentina pero no comencé inmediatamente con el programa. Tuve otro tipo de trabajo, en inmobiliaria. La situación con mi familia había mejorado muchísimo: a partir de que yo cambié todo cambió. Ya había conocido a mi segunda mujer, Marcela, con quien me casé en Estados Unidos, antes de volver.

Empezamos a buscar la locación, que debía reunir características similares a EE: UU, hasta que encontré la posibilidad que cuadraba: una isla en el Delta de Entre Ríos. Tenía servicios básicos cercanos, como hospital y comisaría, formas de aprovisionarse, luz eléctrica, agua corriente. Decidí que era un buen lugar y accesible económicamente. Inicié la construcción sobre una casa que ya existía, con refacciones y ampliaciones para poder diseñarla como comunidad terapéutica, para lo cual un préstamo. La obra comenzó en 1984 y el funcionamiento de la casa en 1985.

Al empezar, mi prueba piloto fue contratar unas pocas personas del pueblo que quisieran trabajar durante tres meses, que se entrenaron en un pequeño programa rápido, como si fueran pacientes residentes. A partir de ahí formé los primeros intentos de Staff, comenzando con tres residentes, hasta llegar a 45. Esos primeros Staff eran chicos egresados de la secundaria de Villa Paranacito, que cumplían con la única condición que yo buscaba: ser personas de buenos valores. Hoy quedan dos de ellos.

Programas de televisión, entrevistas, radios, todo tipo de promoción o publicidad que estaba a mi alcance la llevaba a cabo para difundir **IBICUY** como alternativa inédita en el país. Se convirtió en mi ocupación permanente, como lo es hasta el día de hoy.

Mi grado de compromiso fue muy alto y completo. Me mudé allí con mi familia durante los primeros seis o siete años y fue muy difícil, pero al empezar a ver los logros, hice de esto mi vida. Tengo la sensación de que, de alguna manera, si Dios me mandó a pasar por todo lo que pasé, fue para que aprendiera a hacer algo con todo ello. De mi mayor desgracia, hice mi mayor virtud. Convertir lo peor en lo mejor es parte de pensar que toda crisis, todo momento malo es una oportunidad para el cambio. Si sabemos aprovechar lo malo que nos pasa lo podemos capitalizar para provocar un corte en lo que nos hace daño y un cambio hacia una vida que nos haga bien, que nos haga felices.

## **EL CONCEPTO DE COMUNIDAD TERAPEUTICA**

Deriva de una concepción que nació con un grupo formados por los primeros adictos a la heroína en los Estados Unidos, quienes se hallaban en Synanon, un instituto correccional. Al salir de allí formaron la comunidad Walden House, en los años 60. Para esa época en Argentina no había heroína, no había adictos. Cuando empecé a fumar marihuana, lo hacía delante de la policía y ellos ni siquiera sabían de dónde provenía ese olor. Las

drogas que circulaban en nuestro país eran la cocaína y el alcohol, ya desde la época del tango. Especialmente la cocaína, que era moda, dando paso más tarde a otras. Pero lo que nunca cambió es el motivo por el cual uno recurre a la droga, que siempre permaneció exactamente igual, aunque por su carácter de extrema obviedad pase inadvertido frente a los ojos de terapeutas y entendidos. Incluso frente a la pregunta por el concepto de drogadicción la respuesta es definirla como enfermedad, apelando a un juego de palabras y acomodando los conceptos para que se entienda como tal, cuando en realidad no se trata de una enfermedad, ya que cierta predilección por hacer ciertas cosas y no otras NO puede ser una enfermedad. Por ejemplo, si tengo la manía de golpearme todos los días la cabeza contra la pared, a la larga esa acción redundará en enfermedad porque el golpe me va a provocar heridas que no cicatrizan y generan una sintomatología específica en la piel. En ese caso, sí existe una enfermedad provocada por mi costumbre de ese acto del golpe, pero el acto del golpe en sí no es una enfermedad sino una costumbre, una decisión. Es probable que tampoco sea claro el motivo por el cual hay una toma de decisión para consumir: tal vez escapar del dolor, identificarse con pares o simple curiosidad, y en algunos casos se siente bien y la persona la adopta en su vida. Pero debemos tener en cuenta que hay gente que prueba droga y no la adopta, o sea que hay una decisión previa. Quien tiene valores inculcados, como responsabilidad, honestidad, productividad o tolerancia a la presión y la frustración, prueba la droga y la deja, no la adopta.

El marco familiar tiene su injerencia en todo esto: si decimos que los valores tienen que ver con la causa es claro que la familia tiene un rol muy importante, pues es la primera escuela. Cada persona es diferente, cada familia lo es, y así deben ser tratados: el ámbito de la comunidad terapéutica permite que cada paciente obtenga un tratamiento diferente, por los distintos roles, situaciones y momentos.

Asimismo, brinda a sus residentes el tiempo necesario de acuerdo a cada caso en particular: doce meses o tres años. No hay un tiempo estipulado, el tiempo es cuando están bien. Estipular un tiempo determinado, es condición para poder fingir una situación, porque frente

A las preguntas cómo ¿qué tengo que hacer? y ¿por cuánto tiempo?, si falta el dato de «por cuánto tiempo», fingir queda descartado como posibilidad. Por eso recomendamos siempre e insistimos, cuando alguien ingresa al programa, en esta cuestión de que no hay un tiempo. Nadie tiene a ciencia cierta una fecha de externación, sólo se puede estimar, y sólo se concluye la seguridad de la externación cuando el residente llega al cargo de coordinador. Es por ello que los primeros cuatro meses que deben transcurrir para dejar de hablar con el personaje del drogadicto son inalterables en ese mínimo de tiempo.

### **NADIE QUIERE SEGUIR SIENDO UN DROGADICTO**

Nunca conocí a nadie que no quisiera verdaderamente salir de la droga. Sí conozco gente que no cree poder salir, pero no que no lo desee. Volviendo al ejemplo del dolor de cabeza, ¿quién no quiere que se le cure? Lo que pasa es que quien no cree poder curarlo efectivamente, no quiere ni pensar en la idea de dejar su aspirina. Por esto, y por mucho más, para encarar este estado de situación es necesaria la instrucción, conocer la problemática y rearmar la definición de los conceptos. La sociedad y la opinión pública tienen gran confusión: tienden a deslindarse culpas de algún modo, con el argumento de que es una enfermedad que nos afecta y que no es parte de la sociedad en sí misma. Y

mientras se pregona esto, se mete la mano en el bolsillo de otro. Decimos «esta sociedad está enferma» y el personaje tras la frase es trucho.

La propaganda antidroga apunta a efectos de disuasión, como cuando hablando de migraña se mencionan los efectos nocivos de la aspirina. Si no se tiene en la mira la raíz del problema, si no localiza el enemigo, no se puede combatir. Si a una persona productiva, dueña de buenos valores, se la une a la droga, las chances de que quede pegado son ínfimas. Porque, ¿de qué le sirve? La sociedad lo quiere transformar en enfermedad, como si no tuviera responsabilidad alguna, e incluso se asocia la problemática al robo y la violencia para darle alguna explicación. Es muy difícil que una sociedad manipuladora e irresponsable mire hacia adentro, pues sus móviles deshonestos impiden toda opción de autocrítica.

La comunidad, en ese sentido, provee de armas y herramientas para poder sobrevivir en esta sociedad, a la cual es imposible cambiar. Sí se puede cambiar a los individuos, y por ello la comunidad terapéutica entonces es una escuela de valores, escuela de vida.

**IBICUY** es, entonces, una escuela de vida, y así la hemos encarado en su fundación y en su desarrollo como institución. Mi historia personal, como decía más arriba, ha generado la misión de llevar a cabo este proyecto en Argentina. Y del mismo modo en que, en algún momento tomé la droga como elección, luego de comprender que el daño era reversible y que para mí había una gran oportunidad también, abracé la decisión de transmitir estos conocimientos, este aprendizaje que se me ha brindado para que otros, que deseen deshacerse de esa elección errada, puedan encontrar un lugar donde pertenecer y, nuevamente, renacer, ser libres, abrazar la otra elección, la de la vida.

La segunda parte, que invito a leer a continuación, contiene los lineamientos del funcionamiento interno de la comunidad **IBICUY**.

## **II FUNCIONAMIENTO DE IBICUY**

### **ESCUELA DE VIDA, ESCUELA DE LÍDERES**

### ***Escuela de vida***

Para comenzar a trabajar en la patología del adicto, lo primero a tener en cuenta es definir el desajuste en esa persona, descartando toda concepción que implique al adicto como «enfermo» y al equipo tratante como «sanos». Como ya dijimos, ser adicto no implica meramente la acción de consumir droga o presentar preferencia por algo y actuarlo compulsivamente. Hay muchas personas que tienen, en su vida cotidiana, actitudes que vemos repetirse en un adicto, como por ejemplo dejar las cosas para mañana, no hacerse responsable, manipular las situaciones. Adoptar la ley del menor esfuerzo, mentir o no soportar críticas, presiones, aburrimiento, rutina, frustración. La primera medida es, una vez comprobado que la persona presenta este tipo de desajustes, brindarle ejercicios de vida para que vayan desapareciendo: hacerlo más tolerante a la presión o la injusticia, convertirlo en alguien productivo o responsable de sus actos y en conocedor de la causa y consecuencia de los mismos.

Pasar por la comunidad es cursar una escuela de vida: es, dicho por los mismos pacientes, aprender a vivir de manera diferente, bajo otros valores. Hay una ética que marca el para qué de cada conducta, una conciencia de los actos. Lejos de ser una sucesión de impulsos, el pensamiento aparece como instancia mediadora para aprender a vivir de manera completamente diferente. Cuando aprenden a organizarse y a ordenarse, no significa que cuando salgan repetirán exactamente la experiencia en la comunidad: quien tenía su cuarto desordenado antes, lo ordenará durante algún tiempo y luego lo tendrá desordenado nuevamente. Pero va a transitar ese desorden de otra manera, y cada tanto va a tener la necesidad de acomodarlo. Es decir que, al salir del programa, comienza darse cuenta de lo que antes ni siquiera tenía registro: aquello que antes tal vez no molestaba o no llamaba la atención, luego del programa cobra importancia. Por eso es, realmente, una escuela de vida.

### ***Aprender a recibir***

Cuando ingresan altas dosis de droga en el cuerpo, la capacidad de aprendizaje es mínima, y no sólo eso: además están cerrados a recibir, no están receptivos. Lo que se suele ver en la dinámica grupal frente a estos casos es que tal vez hay veinte o más compañeros marcándole lo mismo pero la persona en cuestión no acepta lo que se le señala e insiste en su propio razonamiento. Es muy progresivo y muy paulatino el proceso de cambio de esa posición tan hermética para recibir. Para este caso es un término más adecuado que **aprender**, pues a medida que pueden recibir cualquier clase de ayuda, poco a poco van cediendo y permitiendo que algún proceso de aprendizaje se plasme (partiendo de la experiencia vivencia) que van adquiriendo dentro del programa. Aquellos casos que no logran abrirse o aprender, difícilmente puedan recuperarse.

Con relación a estos actos tan cotidianos como dar, recibir y pedir, una de las actitudes más frecuentes en los adictos es la soberbia, traducida en «yo no necesito nada», «me las sé todas», «con lo que viví ¿qué me vas a enseñar vos a mí?». Ligada a la soberbia está la descalificación del otro, y es desde esa instancia que estas personas no son posibles de ayudar con un accionar tradicional. En ese sentido el programa opera con diversas técnicas que van ablandando y rompiendo esa cáscara tan dura con la que se suele cubrir el paciente adicto.

### ***La medicación***

En **IBICUY** el tratamiento no se basa en medicación. Solemos recibir pacientes que llegan, de clínicas generalmente, con altas dosis de medicación en el organismo y lo que hacemos, de acuerdo a la patología de cada uno de ellos, es ir disminuyendo lentamente la medicación hasta llegar a la menor dosis indispensable y, en algunos casos, retirarla totalmente. Muchas veces comprobamos en los que llegan con altas dosis, el hecho de que en realidad no la necesitan ya que, al suspenderla, nos hallamos frente a una persona medianamente normal, si bien con la problemática instalada.

### **SER ADICTO ES UNA ACTITUD**

El hecho de pasar por la comunidad en pos de cambiar los hábitos de vida es un aprendizaje. Ser adicto es una actitud frente a la vida, y se trata de cambiar esa actitud. Más allá de los casos que tenemos en tratamiento y que no son específicamente casos de adicción a las drogas, como los de violencia o trastornos de alimentación, podemos considerar que hay muchas personas que pululan por la vida, tal vez sin enterarse nunca de que tienen una actitud adicta aunque la manifiesten, fuera de que haya adicciones socialmente más permitidas, como el cigarrillo o el alcohol. Hablamos de adicción a la televisión, al trabajo, a alguna persona o a determinada actividad. Las personas que mienten, que tabulan, donde su modo de vincularse con los otros reside permanentemente en la manipulación pues intentan siempre que el otro actúe como quieren; o adicción al poder. En estos casos, hay falta de correspondencia coherente entre valores y conducta. Muchas de estas personas son transgresoras también. Aparecen muchos padres, por ejemplo, que manifiestan haberles enseñado a sus hijos a transgredir porque le daban coima al policía que quería multarlos, o en la boletería del teatro para entrar, o porque lo llevaba de joda con mujeres, teniendo en cuenta que estos padres estaban casados con las mamás de estos chicos. Padres que, sin consumir drogas, tampoco toman en cuenta en qué medida esto puede afectar a sus hijos y sólo habiendo tomado conciencia de las consecuencias de estas actitudes con los chicos ya internados.

El otro personaje que tiene la misma conducta o actitud del adicto sin consumir es el partenaire: puede ser esposo o esposa, madre, un hermano, y son dueños de una personalidad coactiva y acompañantes del adicto, para quien tenerlos a su lado les viene como anillo al dedo. Incluso muchas personalidades comprometidas con el famoso personaje de la víctima, aprovechan tener cerca un adicto pues les permite considerarse siempre como víctimas de toda la conducta del personaje, y a ellos también les resultaría beneficioso pasar por el programa. Pero en la medida en que no son un emergente tan notorio como lo es el adicto, pues no son violentos ni roban para drogarse, se viven a sí mismos como sanos sin darse cuenta de su problemática.

### ***La cuestión de la edad y los pares***

Por lo general, podemos decir que, en este tipo de problemática a adulto no se llega. Pero para ello debemos reformular la definición de adulto: si un adulto es una persona capaz de sostener metas a largo plazo, o posponer sus deseos en función de algún otro requerimiento más importante, entonces el adicto no llega a adulto. El adicto no puede calmar su impulso ni postergar su deseo, no puede discriminar entre una necesidad real y ese deseo que para él es urgente. Muchos residentes con hijos se quejan de que no se les permite verlos y toman esa circunstancia como algo espantoso, esto de «separar a una madre o un padre de su hijo», sólo que en este caso son argumentos manipulatorios, ya que en sus vidas cotidianas ya los habían descuidado totalmente, dejando de tener en cuenta su educación y alimentación y no cumpliendo su rol de presencia como adultos acompañándolos, anteponiendo a ello su imperiosa necesidad personal de consumir.

En IBICUY hemos recibido chicos de 14 años y también personas de más de 40. Es muy interesante cómo se produce la interrelación de jerarquías dentro de la comunidad con relación a las edades. Si bien el juego básico radica la presión de los pares, éste es un buen lugar para aclarar que hablamos de pares como semejantes, no en relación con la edad. Se trata de pares porque todos comparten un inicio de tratamiento a partir de una situación de mucha autoagresión, han perdido el sentido de la vida transformándola en algo que pierde todo interés. En ese punto son todos pares, independientemente de la edad que tengan. El juego que propone el programa, donde ellos mismos mantienen la presión que ellos mismos ejercen sobre sí mismos y sus compañeros, hace que, tal vez, una persona de 17 o 18 años con año y medio en tratamiento que ocupa una jerarquía máxima, tiene una presencia y da órdenes a alguien que acaba de entrar y tiene 40 o 43 años, y está destruido. Esto resulta muy llamativo: observar cómo un adolescente puede indicarle al adulto, el cual hasta se asusta frente a la presión del otro. Hay momentos en que, como profesional interviniente en el programa, uno se olvida la edad que tienen y sólo advierte la madurez con que cada uno de ellos se maneja. El tema de la edad es un buen elemento para tomar como ejemplo para los más jóvenes acerca de la pregunta por el futuro. ¿Qué les espera, cuando ven llegar a un adulto en un estado terrible, si no toman alguna decisión respecto de sus vidas? En la cotidianidad del programa, hasta es fácil olvidar quién es mayor desde lo cronológico, pues la medición es otra.

Decimos entonces que son pares por compartir una misma problemática, un mismo objetivo, y no por la edad.

Cabe recordar a Maxwell Jones, uno de los primeros psiquiatras que se ocupó de la teoría conductista, quien realizó la siguiente experiencia: en el hospital donde trabajaba, tomó una encuesta entre los pacientes, sobre quiénes eran más importantes para ellos. La mayoría respondió, como primera persona en su lista de importancia, al paciente de la cama de al lado, su par; segundo, el enfermero que le daba la medicación; luego el cocinero y recién por último el médico tratante. Parecía una incoherencia que el médico tratante, el último depositario de la confianza, sea quien trate de ganarla en el paciente. Y sin embargo, se puede observar en experiencias grupales. En las dinámicas de las reuniones, preferimos que sean ellos mismos quienes hagan señalamientos y no el terapeuta, pues la penetración psicológica de un compañero con su par es mucho más intensa que la que puede tener el profesional mismo. Con relación a esto cuando se hace una reunión, participan todos los miembros: mantenimiento, administrador, cocinero, además de todos los residentes. La comunidad tiene rasgos de sociedad, siendo, en realidad un laboratorio de sociedad, donde vislumbramos las causas y los efectos de los actos. Asimismo, las personas que trabajamos como parte del Staff en la comunidad, se trate del director, psiquiatra o terapeuta, no implican figuras anónimas. Se incluyen en el programa como personas completas, con problemas, dudas y estados de ánimo, como todo el mundo, y en ese sentido no se nos adjudica el lugar de sanos.

### ***El concepto relativo de enfermedad***

El adicto, frecuentemente, prefiere ser un enfermo, pues de este modo se siente liberado de toda responsabilidad: es por ello que tratamos de desterrar todo indicio que le sugiera que es un enfermo.

De acuerdo a la definición del DSM4, Manual de Psiquiatría, el consumo abusivo de sustancias tóxicas o las conductas disóciales están consideradas como enfermedades. Nosotros en cambio incorporamos para el programa la idea de que se trata de una decisión errada, o un conjunto de ellas que después llevan a una conducta como lo es la adicción. Esto puede ser considerado enfermedad mental si se hace un corte taxativo en cuanto a la definición y se deja ahí. Pero si se toma desde la posibilidad de cambio, sin colocar etiquetas, se puede pensar como un estado de la persona, siendo posible cambiar ese estado para evolucionar hacia otros, más favorables, para el individuo. Nos oponemos a que la persona se viva a sí misma como enferma y utilice el concepto de enfermedad como un modo de argumentar ciertas imposibilidades o se considere una víctima. Queremos evitar que alguien considere que, por estar enfermo no puede o que la enfermedad le impide un cambio. Es por eso que no proponemos el uso del concepto de enfermedad para la adicción. Creemos primordial que la persona que cae en adicción sepa que puede elegir salir de ese lugar, de ese estado, que no utilice el concepto de enfermedad para condenarse o utilizarlo como algo manipulatorio.

El abordaje que proponemos rompe con el molde de esperar una cura mágica a una «enfermedad», en principio porque este concepto ya no rige, y en segundo término porque ofrece una carrera de obstáculos con red, dirigida y contenida.

En el programa existen consecuencias a todas las acciones, pero jamás la externación o echar al paciente. Quien más problemas trae justamente es quien más problemas tiene y quien más necesita la ayuda. Donde el sistema abandona al adicto en tanto lo considera ya intratable, nuestra comunidad lo acoge.

### ***La importancia de la responsabilidad y las consecuencias de la acción***

Uno de los basamentos del programa es que todo individuo es responsable de sus propios actos, y sólo madura a través del ejercicio de la responsabilidad, en todos los casos.

Es notable observar cómo, cuando una persona logra su recuperación y retorna su vida cotidiana, pareciera volver al momento en el cual comenzó a desviar su conducta, como si durante todo ese tiempo transcurrido no hubiese advenido una verdadera maduración. Posiblemente porque la droga no lo permite, la experiencia adquirida al consumirla no es válida como aprendizaje, entonces vuelven a vivir y a sentirse en general como adolescentes, presentando actitudes o respuestas de tales. También observamos que al iniciar la conducta adictiva lo único que importa es la droga, y el resto carece de importancia alguna. Se rompe con cualquier propósito u objetivo de vida y acá es dable marcar una diferencia: algunas personas que consumen droga no son adictos y nunca sabemos si esa persona va a caer o no en adicción el futuro, puede que sí como que no. Pero cuando alguien está tomado por la droga, todos los demás objetivos de vida se pierden: sea la música, una pareja, el deporte o los hijos, de un modo tal que logra

impedir el desarrollo madurativo. El adicto sufre verdaderamente las consecuencias, pero no le importa. Aunque una sobredosis pueda matarlo, igual va a consumir, sin importarle si se muere o no.

Esto nos lleva a pensar inevitablemente en que toda acción tiene sus consecuencias- esto es inevitable. Malas o buenas, positivas o negativas, serán siempre en función de la acción que las provoca. Hablar, quedarse en silencio, actuar o conducirse de la manera que sea tiene, necesariamente, consecuencias en el entorno y no sólo en uno mismo. Muchas veces este tipo de consecuencias o encadenamiento de las mismas regresan a la persona en el tiempo, de un modo paulatino, pues es un proceso prolongado. Lo que ocurre en el programa es que son consecuencias inmediatas, y esto es necesario para poder crear en la persona la conciencia de la consecuencia, primer disparador para crear responsabilidad. Si bien en la vida cotidiana, a veces, hay resultados o efectos que pueden pasar desapercibidos, en el programa buscamos (exagerando, si es necesario, mediante herramientas ideadas a tal fin) que nada pase desapercibido, que toda consecuencia rápidamente retorne sobre el sujeto, y aquí sí utilizamos la palabra sufrir: que el sujeto sufra la consecuencia porque es importante que la vivencia.

### ***El árbol y el hacha. Algunas diferencias con tratamientos previos y otras modalidades***

Es muy usual que gran parte de los residentes hayan pasado por otro tipo de programas antes de acceder a IBICUY. Hemos observado que, en ocasiones, con un solo tratamiento no es suficiente para la rehabilitación. Podemos trazar una analogía con la imagen de un árbol de tronco grueso que hay que voltear, donde cada tratamiento representa un golpe de hacha, hasta que el hachazo más fuerte logra voltear el tronco. Si bien cada tratamiento que termina en fracaso hace más difícil el siguiente intento, porque va marcando cierta una sensación de impotencia en la personalidad, cuando comienzan a aparecer los logros y no se le permite fracasar, toda su experiencia anterior, aún de tratamientos inconclusos o que no han tenido buenos efectos o resultados, es capitalizada para la nueva etapa.

Es por ello que cada tratamiento previo hace un aporte pudiendo producir en esa persona alguna clase de crecimiento. Ampliando un poco lo dicho más arriba, observamos que una recaída produce frustración o sensación de «no haber podido». Siempre sobreviene este sentimiento de ineptitud traducido en «no sirvo para» o «no puedo». Aunque no sea una manifestación consciente y haya que trabajar para ubicarla, podemos afirmar que en un altísimo porcentaje de adictos existe esta base de no poder expresado en «conmigo no pueden»: la desconfianza en ellos mismos va de la mano de la desconfianza en el mundo que los rodea, generando una de las situaciones más complicadas para la estructura de la personalidad. Resulta muy difícil entrar, horadar su caparazón mientras permanecen cerrados en esta desconfianza puesta en expresiones o comentarios como «vos qué sabes», «a mí no me ayuda nadie», «si vos no pasaste por esto», «acá no me entiende nadie». Esta ruptura, el modo de quebrar esta suerte de negación a recibir tiene que ver con la metodología que tiene el programa de operar en el día a día. La comunidad terapéutica ejerce cierta presión desde el afuera hacia adentro, en la medida en que el programa hace una propuesta por medio de las diversas actividades a través de la presión de los propios compañeros: es como si uno golpeará permanentemente en la rigidez de una armadura para que en algún momento comience a quebrarse. Solamente cuando logramos un quiebre ese sujeto comenzará a tomar algo de lo que se le da, pues es ahí donde aparece una fisura para entrar. Paralelamente, esa persona produce algún

progreso dentro del programa, una tarea nada fácil. Por lo tanto, cuando alguien crece en él, gana en cuanto al aumento de su jerarquía. Sabiendo que nadie lo ayudó y conociendo el esfuerzo que le costó, empieza a sentir «yo pude lograr...», logrando esta fractura que deja paso a una expectativa: que comience a revertirse un proceso, el autodestructivo y que de esa personalidad, de esa fractura nazca otro proceso: el de crecimiento.

En la medida en que el programa **IBICUY** es severo en cuanto a la disciplina, tanto para el residente como para la familia, tiende a ser visto como un último recurso. Muchas familias prefieren tratamientos más livianos, como hospitales de día o internaciones con salidas los fines de semana, u otros donde la familia puede ver a sus hijos o su pareja, a diferencia de IBICUY donde, hasta los tres meses y medio o tal vez cuatro, no se produce encuentro alguno. Cuando todo lo demás fracasó es cuando se llega a nuestro programa. Contamos con muchos casos de esta naturaleza, pero también hay otros donde la familia, desde el inicio, manifiesta el deseo de un tratamiento fuerte porque quiere resolver el problema inmediatamente, y ahí aparecen los casos de adolescentes, por ejemplo, que no han tenido tratamientos previos, otros de personas que sí los tuvieron, y a veces varios y muy diferentes. Ocurre que cuanto más tratamientos previos haya tenido, uno se puede encontrar con un paciente más difícil, pero también con gente que, cuando empieza a andar bien, valora mucho lo obtenido y a veces esta comparación entre los tratamientos anteriores y el actual es muy válida, pues ellos mismos concluyen cosas como «ah, pero el otro era muy fácil». Quienes no han tenido otras experiencias tal vez no pueden hacer esa comparación, pero si escuchan a quienes los han hecho. Entonces, si bien una persona que ingresa con una colección de fracasos llega muy lastimada, y estamos ante una situación muy difícil, también es alguien que valora más lo que tiene, por lo cual es bueno rescatar esa parte, digamos, más positiva. Algo importante a tener en cuenta es que nadie es descalificado por sus fracasos. Sí podemos indicarle que revea su historia y sugerirle una pregunta: ¿cuánto tiempo más desea seguir de fracaso en fracaso? En ese sentido se trabaja mucho la temática del proyecto, lo prospectivo, presente en todas las actividades, como una pregunta a ser incorporada: ¿qué va a pasar mañana?

Las familias acarrean, como es de suponer, mucha ansiedad por ver a sus hijos o los cónyuges a sus parejas, por lo cual la preferencia, como decíamos, a veces se vuelca a tratamientos que permitan un acceso más fácil a los familiares. De hecho, algunos funcionan. Lo que observamos nosotros es que, en primer lugar, ver a la familia aparece como excusa... « ¿Dónde se vio que no te permitan ver a la familia? No me lo pueden impedir, es un derecho». Lo cual de este modo pasa a ser manipulación. En cierta oportunidad hemos tenido una larga discusión acerca de que si el estatuto de la familia es un derecho o privilegio en el marco del sistema y llegamos a la conclusión de que, para los residentes de nuestro programa, la familia es un privilegio: al ser personas tomadas por la droga, se instalaron en un lugar desde el cual la familia nunca les ha importado y nunca le han dado el valor propio que tiene. Nuestra intención es que la extrañen, la valoren y reconozcan, que les importe. Cuando la familia está omnipresente con llamados o visitas, difícilmente adquiera algún estatuto de valor para ellos.

### ***Efecto de la vara torcida***

Es una analogía que describe una de nuestras modalidades: si tenemos un árbol torcido y queremos enderezarlo, no basta con ayudar el tronco con un tutor para que lo mantenga derecho sino que debemos torcer más del límite mientras lo sujetamos para que, cuando

lo liberemos, quede derecho. El programa funciona de igual modo: presenta todos estos aspectos de la realidad de una manera exacerbada, exagerada, mucho más allá, para que cuando el residente salga nuevamente a la sociedad y las presiones aflojen, se ubique dentro de un parámetro normal. En términos ideales, la vara torcida refleja lo siguiente: si hay una personalidad totalmente desviada hacia un lado, buscamos desviarla hacia el contrario para que, más o menos, logre enderezarse. Por ejemplo, frente a una responsabilidad como tender la cama perfectamente, sin una sola arruga. En esa acción trabajamos algo del vínculo de la persona con sí misma, porque la cama es el lugar donde uno va a descansar, a dejar que el cuerpo se recueste, con lo cual debe estar impecable. En lo cotidiano, uno no siempre hace la cama así, a veces con el apuro o lo que sea se deja sin hacer, y nuestra intención es que ellos conserven el deseo de preservar el placer de dormir en una cama bien hecha y las ganas de tenderla cuando se levantan, aunque efectivamente algún día se levanten apurados y no la hagan. La acción exagerada en sí apunta, justamente, a trabajar sobre la actitud.

### ***La escuela del líder***

El enfoque del programa no se circunscribe a una cuestión terapéutica. Se trata de una escuela donde la gente viene a aprender a ser líderes. El comienzo está en apuntar a ser líder de sí mismo asumiendo responsablemente las consecuencias de las acciones realizadas. En este sentido, trabajamos el tema de la autoridad en un doble nivel: la autoridad hacia uno mismo, la interior, y la que es hacia el otro semejante. De algún modo, quien sabe cumplir con las normas sabe también cómo hacerlas cumplir, y el funcionamiento trata este doble juego del aspecto normativo. Ellos necesitan autoridad interior, aprender a decir que no a determinadas cosas, y simultáneamente, cuando dicen que no a algo, dicen que sí a otra cosa. Si le dicen que no a la droga es porque le dicen SI a la vida, a los proyectos, a la familia, al mañana.

### ***Senderos mentales***

Los senderos mentales se refieren a una imagen que grafica hábitos; la mecanicidad de la que hablamos no es sólo en el pensar, también lo es en el hacer. Se piensa, se cree, se actúa de la misma forma, y por lo general se actúa, además de partiendo de ese modo mecánico, por impulso, lo cual a veces es difícil de discriminar. La idea que proponemos es salir de ese lugar, abandonar el piloto automático (que traen al ingresar) para empezar a probar nuevas maneras de reaccionar y despertar la creatividad; en ese sentido, el trabajo dentro de la comunidad apunta a un lugar de juego entre ensayo y error mediante la búsqueda de otras posibilidades de acción frente a problemas a veces similares y otras, diferentes. Cada residente habla de lo suyo como una situación personal, pero observamos la presencia de un patrón repetido, como ser la presencia recurrente de ciertos personajes: la víctima, o el que todo lo sabe. Asimismo tomamos en consideración la reacción del grupo familiar, que también lo vive como algo único, porque para ellos es el único personaje internalizado, con ese discurso y no otro. En cambio nosotros observamos la repetición de un patrón. Por ejemplo, uno de los residentes manifestaba sentir confusión, y lo que pudimos deducir fue que los modelos antiguos no le servían pues ya no podía actuar de la misma manera que antes, con las mismas justificaciones, pero a la vez no encontraba formas nuevas, frente a lo cual se sentía desorientado. Esto lo obligaba a empezar a crear, tarea que lo angustiaba sobremanera. Salir de la actuación mecánica y pasar a actuar desde la conciencia, ése es nuestro objetivo: crear

autoconciencia en función de que los dichos y las acciones no sean los de siempre o porque sí, sino que viren al acto de elegir. De acuerdo a esto, en el programa hay ejercicios que los chicos ni saben que son tales, porque apuntan a crear conciencia sobre las acciones. Por ejemplo, no pueden levantarse de la mesa sin dirigirse al coordinador de guardia y decirle «me levanto», y están obligados, de este modo, a poner nombre a sus actos, así sean los más mecánicos. Esto, repetimos, está dirigido a crear conciencia, salirse de lo habitual y lo mecánico, y equivale a lo que llamamos los senderos ya marcados para empezar a trabajar posibilidades nuevas desde un lugar de conciencia: pienso en lo que hago en vez de hacer lo ya acostumbrado.

Para graficar, tomemos una llanura y alguien que vive en los alrededores. Ese ser está acostumbrado a caminar por ese mismo lugar en el cual el pasto ha dejado de crecer hace tiempo y se ha formado un sendero, con lo cual le conviene ir siempre por ese lugar, ya señalado, marcado y que ofrece menos resistencia, obstáculos o imponderables. El programa conduce a pensar de manera positiva en cosas nunca hechas, como señalar un nuevo sendero. Una tarea difícil al comienzo, pues hay que abrirse camino a machetazos, pero una vez que aparece el camino ya se puede transitar, y el sendero anterior, que ya no sirve, ha sido cubierto nuevamente por la maleza haciendo que ya no valga la pena transitarlo.

## **ESTRUCTURA DEL PROGRAMA**

### ***Rigidez y magnanimidad***

La estructura del programa IBICUY está pensada en absoluta concordancia y relación con la estructura enfermiza de la persona que va a formar parte de la comunidad, cualquiera sea la problemática: problemas de conducta, adicción, etc. La persona ingresa con un alto nivel de desestructuración de su vida, en distintos grados, por lo cual en primera medida hay que ofrecerle OTRA estructura, de bases sólidas y aplicación firme, rígida, pero que a su vez sea magnánima.

Este concepto de magnanimidad es fundamental. En el programa. A veces, es muy duro lo que hay que decir y escuchar, así como es complicado mantener, con disciplina muy firme, el cumplimiento de las normas: si esto no se desarrolla desde un lugar de amor y respeto por la persona es inmoral, pues nos hallaríamos en el terreno de una perversión. Las reglas no se imparten para lastimar, molestar o jorobar a alguien: nadie en su sano juicio saca provecho o es más feliz por ver sufrir al semejante. Somos conscientes de que ocasionamos dolor al otro, pero es como el dolor de una inyección: duele aplicarla y a la vez contiene la medicación que va a salvar. Jamás podríamos imaginar que el médico o la enfermera gocen con el dolor que produce el pinchazo. Es decir que lo que se señala, más allá de que, obviamente, provocará dolor, será desde un lugar amoroso y de respeto por el otro. De hecho, esto se observa cuando los chicos acceden a jerarquías altas y tienen cierto grado de poder respecto de los otros que ocupan jerarquías más bajas. Allí donde aparece alguna actitud de goce en el acto de marcar algún error a un otro, ellos mismos se encargan de señalarlo como algo que no les gusta, con lo que no están de acuerdo, defendiéndose de este tipo de actitudes.

Para ejemplificar, podemos referirnos al caso de un residente que había pasado por una academia militar. El programa justamente le cuadró, por el pasaje por dicha academia. Este muchacho relató qué diferente había resultado poder tener amigos y cuán otro era el sentimiento solidario dentro de la escuela militar y el programa. Porque la solidaridad que

él refería era que de noche, en la academia, se juntaban y se hacían amigos para transgredir, por ejemplo, para tomar alcohol. Y en el programa veía cómo la solidaridad consiste, justamente, en no permitir que el otro transgreda. Asimismo, en un ámbito de jerarquías militares la rigidez se traduce en una autoridad que no es magnánima ya que se trata de obedecer órdenes que carecen de sentido alguno. En la comunidad, todo lo que se hace tiene un sentido, que es en beneficio propio, siempre. Al comenzar a experimentar en carne propia estos vectores, los residentes inician el entendimiento de lo que esto significa: sentir que existen, que son personas, un ser autónomo, singular y único, aunque no tengan tatuaje o arito.

## **UN DIA EN IBICUY**

7.30: se despiertan.

7.30 a 8: aseo personal, hacer las camas y ordenar la ropa.

8 a 8.30: limpieza de dormitorios. Se organiza en diferentes turnos rotativos, todos los días.

8.30 a 9: desayuno. La alimentación es normal, incluso votan el menú de su gusto.

9 a 10: reunión matutina. Pueden pasar al frente y presentar los llamados de atención, las actitudes negativas grupales. Por ejemplo, señalar o preguntar quiénes son aquellos que, cuando se levantan de la mesa, no empujan la silla de vuelta a su lugar. Eso puede ser una actitud generalizada, lo que deriva en un living desordenado. Dicho llamado de atención debe ser anotado en una planilla el día anterior a la reunión matutina y quienes no empujan su silla tienen generalmente la oportunidad de hacerse cargo de su conducta, sin ningún tipo de consecuencia. Se trata de un primer ejercicio donde el residente puede hacerse cargo de algo: considerando que estamos frente a un grave problema con relación a la responsabilidad, es difícil que estas personalidades se hagan cargo de algo de lo que no son responsables. Es como un primer avance, un pequeño paso inicial para el aprendizaje, además de perder el miedo de llevarlo a cabo. Otro ejercicio es la elaboración: una vez que la persona pasó, dio su llamado de atención y la gente se hizo cargo, tiene que elaborar la actitud; ¿qué significa? ¿Qué tipo de actitud es? No empujar la silla es una actitud de despreocupación, de «no me importa cómo luzca mi casa» y, de alguna manera, egoísta, porque va a tener que venir otro para acomodar esa silla que él dejó desordenada. Al obligar a la elaboración estos pensamientos positivos, si bien va a costar muchísimo, redundará en dejar de transitar esos senderos negativos, dejar que el pasto lo cubra y crear un sendero nuevo en una nueva manera positiva de pensar, con el tiempo y la repetición de estos ejercicios. Una vez que se elaboran todos los llamados de atención, si alguien quiere pasar algún aviso a la casa, es el momento propicio. Cosas como «perdí mi lápiz, si lo vieron por favor devuélvanlo». O si alguien tiene alguna experiencia de aprendizaje pasa y la anuncia. Luego hay una parte cómica, el «lighther side», un aspecto liviano donde los nuevos residentes por lo general asumen nuevas responsabilidades: a algunos les puede tocar decir un poema, otros un chiste, bailar, hacerse los payasos. Son actividades asignadas por los coordinadores y funcionan para romper el hielo, entrar en confianza con el grupo y empezar a sentir vergüenza, como parte de diferentes sentimientos nuevos que aparecen, y comenzar a analizarlos. Después de la reunión matutina pasamos a las reuniones de departamento, que duran por lo general diez minutos.

10 a 13: funcionamiento. Cada departamento se reúne separadamente y los coordinadores asignan las tareas a cada residente. Por ejemplo, en el caso del departamento de servicios se asean las áreas de comedor y baños. Durante el funcionamiento, lapso en cada departamento hace su tarea, Seguridad cuida la casa, la Oficina comercial se encarga de recorrer y preguntarle a la gente si necesitan algo como cigarrillos o una aspirina, entregan el correo y demás.

13 a 14: almuerzo.

14 a 15: seminarios de distinto tipo: apreciación musical, debates, leer y comentar, ver una película y comentarla, y otros. Coordinado por el departamento de Comunicaciones. Quien no quiera asistir a los seminarios pierde sus privilegios.

15 a 17: grupos terapéuticos. Se dividen en común,

17 a 18.30: tiempo libre. Jugar al fútbol, en verano bañarse en la pileta. etc. Incluye distintas actividades, pero siempre realizadas en grupo. Nunca individuales.

19 a 20: producción. Se reúnen en el comedor y cada departamento confecciona, con marcadores y cartulina, publicidad, sugerencias, filosofías de vida, elementos productivos para su departamento. Es lo más similar a una terapia ocupacional.

20 a 21: cena.

21 a 23: funcionamiento. Los distintos departamentos preparan la casa para el funcionamiento del día siguiente.

23: reunión para ir a la cama. Se reúnen en el comedor para leer las filosofías del programa; cada uno puede pasar al frente y contar si ese día logró realizar una de las finalidades del programa, es decir, alguna tarea difícil.

23.30: Se van a la cama. Autoayuda y el de sentimiento.

Nota: Este es un modelo de estructura diaria que se modifica, en parte, los fines de semana.

### **LOS DEPARTAMENTOS:**

La casa requiere para su funcionamiento de cinco departamentos:

- Seguridad
- Servicios
- Cocina
- Comunicaciones Oficina Comercial.

Cada departamento se conforma de jerarquías:

Obrero  
Capataz

Jefe de Departamento  
- Coordinador

El residente que ingresa al programa lo hace como obrero, y de ahí en más inicia su carrera en las jerarquías. Hay privilegios para cada categoría que aumentan al ascender en la estructura. El desocupado es la categoría en la que no se tiene trabajo ni responsabilidad, y sobreviene siempre como consecuencia de actos negativos.

### ***Departamento de Servicios***

Se asemeja a la municipalidad de una ciudad. Sus tareas incluyen la de recibir a los nuevos residentes y ofrecerles una perspectiva sobre las leyes de esta mini sociedad que recreamos. Además, realiza la limpieza de las áreas en común de la casa: lavado la ropa, mantenimiento de equipos de limpieza y atención de los nuevos residentes, entre todo otro tipo de servicios. Llevan el inventario de los productos de limpieza y aseo personal: que no falte jabón, toallas limpias, crema de enjuague y demás.

Por lo general, le gente que se ubica en ese departamento, es aquella en la que observamos tendencia al egoísmo; esta tarea los coloca en una situación donde no están duchos y es ahí donde se plantea el conflicto. En la mayoría de los que recién ingresan se repite el patrón. Apenas ingresan al programa, deben romper con la premisa de «sólo lo hago por mí» para reemplazarla por pensar en trabajar para otro, ser responsables por otro, pensar en el otro. La estructura general del programa hace que si un obrero, por ejemplo, comete un error, la consecuencia la reciba también el coordinador, porque es su responsabilidad. Es decir que cada coordinador, además de hacerse cargo de su propia conducta, es responsable de la de los obreros de su área. Digamos que si un obrero baja del dormitorio sin afeitarse, o sucio, el primero en recibir la comunicación crítica, es el coordinador, porque quien cometió la falta por lo general es un nuevo residente y no tiene tanta responsabilidad. La higiene es parte de las obligaciones diarias, y cada coordinador debe hacer que los obreros de su departamento las lleven a cabo.

### ***Departamento de Seguridad:***

Semejante a la Policía y al Poder Judicial. Sus tareas incluyen llevar el libro de incidentes y vigilar las puertas de la casa. Cuidar que no se formen alianzas negativas entre los residentes, por ejemplo que no se confabulen para escapar o prender fuego a la casa: evitar este tipo de «asociaciones ilícitas». Se encargan del conteo: cada cinco minutos un residente recorre el lugar tomando nota de la ubicación de cada uno, lo cual mantiene la seguridad dentro de la casa. Sus miembros tienen diferentes nombres: Procurador, Jefe de Procurador, Mayor y Coordinador. En este caso, se trata de personalidades con aplicación intelectual mínima: el hecho de recorrer la casa con una planilla, visualizar a las personas, ver dónde están y a qué hora es una tarea habilitante que les sacude esa modorra intelectual, dando la posibilidad de mentir o no, trabajando también en la elección de ser honesto. Muchas veces se descubre que tal o cual fue tachado en el living y en realidad estaba en la cocina, lo que quiere decir que quien hizo el conteo no lo vio y lo tachó sin haberlo visto. Eso es «truchar... engañar... fingir etc.», y a través del conteo salta esta mentira, como parte de la patología. También por la noche, el guardia nocturno hace la recorrida cada diez minutos cuidando que cada uno esté en su cama. El coordinador del Departamento de Seguridad es el responsable de toda la casa: ver, por ejemplo, que los chicos tengan los elementos correspondientes en su lugar. Como todo cuerpo policial,

tiene sus Asuntos Internos: también se encarga de coordinar a los coordinadores, dando fe de que sus tareas se realizaron, funcionando como contralor de la casa. Este departamento cuida las puertas, y tienen reuniones donde todos los días analizan el desenvolvimiento diario de la casa comentando todo lo referente a la seguridad en cuanto a las actitudes de los residentes, y pueden poner llamados de atención en caso de que alguien tenga conductas fuera de lo normal o sospechosas. No todos los días todos se sienten mal o bien, así que este departamento debe tener en cuenta quién se siente débil y quién fuerte para mantener la seguridad dentro de la casa. Esto es otro ejercicio más: estar alerta. Teníamos un letrero en el comedor con la frase «*estar alerta es estar vivo*» y a eso apuntamos: para esos fines, más que trabajar en tareas intelectualmente profundas, optamos por las de rápido reflejo, concretas.

Dentro de Seguridad se turnan: no siempre el mismo hace la misma tarea. El conteo, que se hace cada cinco minutos, es una de estas tareas que rotan y disuade los intentos de fuga. Para esta tarea se utilizan planillas que el mismo departamento diseña y fabrica en los mimeógrafos y la fotocopiadora.

Si alguien logra escapar, sabemos que en cinco minutos va a faltar en el conteo, saldremos a buscarlo y en otros cinco lo encontramos. Por lo general se producen dos o tres intentos de fuga por año. Los mismos compañeros de mayor jerarquía forman equipos de rastreadores que se establecen en distintas postas establecidas en la isla y significan son los posibles caminos de salida. Allí esperamos que la persona pase y la traemos de vuelta al programa. Así como haría una familia cuando su hijo se escapa de casa: lo busca, y lo trae de regreso desde el amor y el deseo de que ese hijo vuelva donde pertenece.

En dicho departamento ubicamos a las personas débiles de carácter, fáciles de influir, con problemas de comunicación, que les cuesta hacerse respetar, y los enfrentamos así al desafío de salir de esa situación.

### ***Departamento de Cocina***

Pese a que hay un cocinero, ellos son ayudantes de cocina y trabajan a la par: tienen que diagramar el menú, poner y levantar la mesa, lavar los platos, ayudar en la preparación de la comida, inventarios de despensas, cubiertos, pedidos de compras de comestibles. Deben mantener limpia la cocina Y todas las áreas relacionadas. En la cocina por lo general van los más vagonetas, porque la comida debe estar lista sí o sí, no se puede hacer fiaca y no hay tiempo que perder. Además, deben inventariar los cubiertos antes de que el grupo abandone el comedor, pues han pasado casos en que alguien se ha escondido un tenedor, y hasta que no aparece nadie se va a dormir.

***Oficina Comercial*** (actualmente funciona unido al departamento de Comunicaciones, su funcionamiento como departamento independiente depende del número de residentes)

Se encarga de gastos personales (salen de cierto dinero que la familia deposita y los residentes usan a lo largo del mes), correo, cigarrillos, abastecimiento de librería, todo lo que sea relaciones comerciales con el exterior: si hay que organizar un viaje, una salida, este departamento coordina y deben contabilizar los gastos extras que cada residente va generando. Como para estas tareas hay que ser sumamente organizado, en este departamento ubicamos a los más desorganizados.

Departamento de comunicaciones

Se encarga de la biblioteca de la casa y el aparato de radio donde se transmite y se les hacen notas a los mismos residentes, que puede ir escuchando el resto mientras trabaja. Son responsables de la realización de experiencias de aprendizaje como carteles o los disfraces que usan. Se ubica a los menos comunicativos, los más tímidos.

### ***El propósito de los departamentos y las jerarquías***

La finalidad de las ubicaciones en los diferentes departamentos con sus tareas radica en el trabajo sobre la personalidad; ubicarlos en las áreas donde son menos eficientes para provocar un cambio. En este tramo actúa el **como si, act as if**. La idea es que los residentes pasen por todos los puestos y accedan a la posibilidad de reconocer las exigencias de cada uno de éstos, para luego adquirir la capacidad de resolver esos requerimientos. Buscamos ubicarlos en el puesto que puede resultarles más difícil, aquel para el que no están preparados y esto tiene un motivo. La dualidad que atraviesa la vida de un ser humano presenta desafíos permanentes frente a los que debemos desarrollar todos nuestros recursos, por lo cual la idea es que ellos tomen conciencia y contacto con esos recursos que tienen y no lo saben. No queremos provocar una sensación de impotencia o de incapacidad: en ese sentido, si una persona carece de la posibilidad de ocupar algún puesto por una cuestión de personalidad o psicopatología que indican que ese puesto no le haría bien, también somos cuidadosos de no hacerlo pasar por ahí, pero en general tratamos que las personas desarrollen el máximo de su potencial, por lo cual ocupar cierto puesto es un desafío a emprender. Por el otro lado hay algunos residentes a los que les resulta más fácil, se adaptan mejor, les gusta más o, como dicen ellos, «la caretean. Fingir. Mostrar otra cara mejor» y van transitando por los puestos sin que aparezca conflicto alguno. La idea es que estas ubicaciones disparen los conflictos y salgan a la luz, para justamente trabajar sobre ellos. Ese es también otro motivo para ubicar al residente en un lugar que le va a resultar difícil y conflictivo porque queremos saber qué aparece ahí, cómo lo resuelve y qué aspectos de su personalidad se van a desarrollar en ese lugar. Esto es el **como si, act as if**: una especie de juego, donde se ensayan diversas posibilidades de conducta y también las consecuencias de dicha conducta. Se plantea en un sentido lúdico y se relaciona, asimismo, con una cuestión de actitud. Si quiero llegar a coordinador, por ejemplo, pero actúo desde un lugar de dependencia, preguntando por cada una de mis acciones y sin atreverme a responder o tomar decisiones propias, nunca voy a llegar a serlo. Por eso decimos: si querés llegar a ser coordinador actúa como si lo fueras, en el sentido de trabajar una actitud. El deseo de querer llegar a coordinador también es un objetivo, un proyecto que requiere la elaboración de una estrategia para lograrlo, y esa estrategia incluye una práctica de conductas en pos de un objetivo.

### ***Ascensiones de jerarquía:***

Son decididas por el staff en reuniones semanales con los coordinadores. Se evalúa el accionar de cada residente, y se reestructura la casa: suben y bajan jerarquías y rotan en los departamentos según las necesidades individuales. Los coordinadores, residentes de la jerarquía más alta, se reúnen para elaboran la actitud de los compañeros, proponiendo a partir de allí las ascensiones o descensos. Es decir, el programa se regula entre los pares, pero el staff es el que aprueba esta regulación, pues su función es que el programa

se dispare, se ponga en marcha pero éste es desarrollado por los residentes, no por el staff. El coordinador asume las responsabilidades y si comete un error verá qué hace con eso. Es importante aclarar algo que, aun repetido, se hace bastante difícil para los residentes incorporarlo: el programa propone decisiones muy comprometidas y jugadas de acuerdo a la jerarquía y la tarea que le corresponde, propone actividades entre las que hay algunas muy difíciles y tediosas, con horario estipulado de finalización, otras muy extensas y difíciles de encarar, todo lo cual da lugar a cometer errores. A nosotros nos permite observar cuál es la actitud frente al error o al trabajo, y lo que en todo caso trabajamos es la actitud. Es mucho más importante observar qué actitud fue asumida frente a un error que el error en sí mismo, el cual no tiene estatuto de importancia. Sin embargo, para los residentes lo terrible es el error. Para dar un ejemplo: «truchó», es una expresión que significa que mintió para disimular un error. Cuando se le pregunta a la persona que cometió la falta, una posible respuesta es que no quería que se notara el error, y prefería que éste no se note antes de aprovechar la oportunidad de trabajar la actitud frente al error por miedo a la consecuencia, perder la jerarquía, que es lo que finalmente ocurre como resultado de la actitud de disimulo del engaño. Los adictos son verdaderos expertos en engañar y disimular. Por otra parte, si un coordinador ve a alguien que va directo al error hay que permitirle que se golpee, para que surja el conflicto y se pueda trabajar sobre eso. El staff supervisa que el trabajo se haga, por lo cual tiene el poder; en cambio la autoridad la posee la comunidad, por eso decimos que en la comunidad terapéutica la comunidad tiene la autoridad y el staff tiene el poder. Nada puede realizarse sin la unión de autoridad y poder. De alguna manera es un sistema de autorregulación o anticorrupción para mantenerse libres de corrupción. Por ejemplo, si el staff denotara cierta inclinación preferencial por un residente, no podría nombrarlo coordinador porque la autoridad, formada por todos los residentes, no lo autorizarían. O, si existe algún complot entre los residentes con el objetivo de preferir un coordinador más que otro, el poder no lo va a permitir. Tiene que haber acuerdo entre poder y autoridad, como una sociedad de funcionamiento ideal, digamos. El programa presenta todas estas leyes, además de una burocracia a la cual el individuo se va a tener que enfrentar en la sociedad real, en el afuera.

## **HERRAMIENTAS DEL PROGRAMA**

Nos referimos a herramientas como los instrumentos a los que se puede echar mano para hacer determinado trabajo. Naturalmente, todo lo que hacemos apunta a posibilitar el trabajo o el crecimiento en tanto son posibilidades a las que se puede acudir y que el programa ofrece para lograr determinados objetivos. Todos los residentes conocen tales herramientas como recursos para ser usados a lo largo de su estadía: cuando ingresan deben estudiar en qué consiste la tarea que tienen por delante, y eso incluye el uso de estas herramientas. Aquellos que no las usan, podemos inferir que no usan los propios recursos -porque no los conocen o no van en su busca-, y tampoco usan los recursos que la vida misma les puede ofrecer. Simbólicamente, el programa ofrece estas herramientas para ser usadas y quien no accede a ellas no está desarrollando una actitud de crecimiento, madurez, aprovechamiento de sí mismo y de los medios a su alcance. Por ello, el acto de no usar las herramientas que el programa ofrece implica un incidente.

## **Las herramientas son:**

### ***Libro de incidentes.***

Un incidente es cualquier conducta negativa, y definimos negativa en función del propósito del programa. Cualquier trasgresión, obviamente, es un incidente, pero existen conductas que tal vez no trasgreden una regla explícita pero sí constituyen una conducta de descuido, de uno mismo o del otro. Acá adquiere importancia el concepto de comunidad en tanto cualquier descuido de un compañero compete a todos, porque cada uno pertenece y depende del funcionamiento general. A partir de esta definición de incidente, cuando alguien observa una conducta que considera negativa debe anotarla en el libro. Está claro que las posibilidades y causas de que surja este tipo de conductas son infinitas: desde reírse de un compañero que la está pasando mal hasta comentar secretamente entre dos, o dejar la toalla tirada en el baño. Quien la tiró la debe recoger, o quien la ve debe ponerla en su lugar o, en todo caso, avisar que esto ha sucedido. Son cuidados, de uno mismo y de los demás, que deben ser constantes, y todo lo que constituya una falta a ese cuidado implica un incidente. Por otra parte, todos cometen incidentes y si alguien no los anota implica que no está observando, y si no hay observación del otro tampoco la hay de uno mismo, por lo que no anotar también constituye un incidente por ser una conducta negativa para el crecimiento personal. Vemos como, de este modo, cada ejercicio, cada accionar de la casa tiene esta doble función, sobre la estructura de un otro, y la de uno mismo.

### **Comunicaciones críticas**

Son las que se dan y reciben a partir de esos incidentes, cuando son marcados repetidamente. La persona es citada a declarar y se presenta frente a una puerta detrás de la cual hay tres personas de la misma jerarquía o superior. En esa comunicación se le marca cuál fue el incidente, qué actitud hay detrás, cómo esa actitud lo puede afectar en el programa y en el día de mañana y qué debe hacer para cambiarlo, y se realiza en forma de grito. Esto responde a que, quien tiene que gritar estas cosas, también tiene que elaborar aspectos positivos para señalar, como la actitud detrás del incidente y qué hacer para cambiarlo, lo cual constituye un ejercicio tanto para el que grita como para el que recibe. No se permite insultar u ofender. Por ejemplo, levantarse tarde es una actitud de irresponsable que el día de mañana puede llevar a alguien a que lo echen del trabajo, por lo tanto el consejo es levantarse cinco minutos antes. Es un ejercicio de dos vías: quien emite debe elaborar sus palabras, pensar con mucho cuidado qué va a decir, y quien recibe debe escuchar en actitud neutra, sin poner ningún tipo de gesto en especial, ejercitando de este modo el autocontrol frente a una serie de gritos. Nosotros le decimos ejercitar el músculo del autocontrol. A eso suma que, después del incidente, la persona involucrada no puede comentarlo hasta pasados los quince minutos. Esto responde a que tiene la opción de invalidarlo: se lo comenta al jefe de coordinadores, luego se investiga, y si es inválido se anula, pero con la condición de que pase ese lapso de tiempo.

El hecho de que la comunicación sea dada por dos de la misma jerarquía y un superior, apunta a que no se tome de modo personal y lo más interesante de esto es que, en el mismo día, la persona se encuentra de los dos lados, dando y recibiendo críticas, un ejercicio que, según testimonio de los mismos chicos que han salido del programa, los fortalece. Cuentan sobre peleas laborales o discusiones hogareñas en las cuales se sienten entrenados gracias el ejercicio del autocontrol para no quedar atrapados en la violencia de una discusión. También trabajan el acto de pensar en positivo y en

prospectivo: marcar el error, señalar en qué medida eso no sirve y qué va a pasar en el futuro si se mantiene esta actitud sin corregir, a dónde va a conducir.

### ***Comunicación formal.***

A diferencia de la anterior, en vez de gritada es hablada, y se da de acuerdo al criterio de coordinador de guardia del staff, que decide qué tipo de comunicación es. El staff corrige el libro de incidentes y asigna incluso si algún incidente puede tener consecuencias, por ejemplo si se inscribe un incidente por insultar a un compañero, la consecuencia es pedirle perdón. Todo aquello que debe comunicarse y que no necesariamente es a raíz de un incidente se realiza por la vía de comunicaciones formales. Un ascenso en la jerarquía, una situación de salida o cualquier otro evento.

### ***Grupos***

Definimos a los grupos como herramientas porque también constituyen elementos de trabajo que los residentes pueden aprovechar y utilizar de acuerdo a su necesidad y capacidad y posibilidades de aprovechamiento.

Grupos estáticos o por departamento: aquellos donde se reúnen para conversar cuestiones referentes a cada departamento o sobre el funcionamiento de la casa.

Grupos especiales: se convocan cuando es necesaria una confrontación entre versiones sobre sucesos que se contradicen entre los mismos residentes.

Grupo terapéutico: está coordinado por la licenciada Patricia Dreyzin, psicóloga del staff, y tiene como característica la absoluta libertad de expresión, cosa que no ocurre en los demás grupos del programa. Pueden hablar con toda libertad, utilizando todas las palabras que necesiten para expresar lo que sienten y lo que les pasa sin miedo a las consecuencias por lo que se dice. Por ejemplo, un comentario como «estoy acá porque no me queda otro remedio, pero si me dieran a elegir estaría en al calle drogándome» no se puede expresar en otro ámbito porque tendría consecuencias, en cambio en el grupo terapéutico lo puede manifestar con toda libertad pues es el espacio destinado a ello. Esto refiere a que hay una cantidad de palabras alusivas a la droga y sus códigos que no se pueden utilizar en las distintas áreas del programa. El objetivo en juego es muy interesante ya que apunta al control de lo que se manir esta: no se puede decir cualquier cosa en cualquier lado, a diferencia de que bajo los efectos de la droga, sí es posible. Esta pauta tiene un doble sentido: no sólo abarca la tentación que puede implicar para sí mismo y los demás, sino también el aprendizaje de controlar qué decir. Un espacio para posibilitar una reelaboración de todo lo que se les despierta y les pasa. Todo trabajo vivencial es de mucha importancia, movilización y movimiento, pero sólo se completa cuando se le da un sentido inteligente a la vivencia, y éste es otro objetivo fundamental. También se trabaja en los vínculos, entre ellos y los familiares. Por ejemplo, una actividad posible es armar una escultura de familia, pidiendo a los mismos compañeros que representen a los distintos miembros. En estos grupos, la experiencia de quienes están en proceso de finalizar su tratamiento y la problemática que expresan resulta de gran riqueza para el residente recién ingresado, a la vez que lo que trae el nuevo compañero funciona como recordatorio para el más antiguo. Con lo cual siempre se produce un mutuo

enriquecimiento. Trabajar la emoción, ponerle nombre, expresarla, mediatizando a través de la palabra todo lo que surja desde el lugar de la emoción.

Grupos de sentimiento: pueden descargar su bronca de la manera que salga, y hay que soportar todo lo que ahí se diga. Pueden insultar, y hay (o no) derecho a réplica. Son dirigidos por los coordinadores de departamento, en colaboración con miembros del staff. Si bien los residentes no pueden insultarse en ningún momento del programa, con frecuencia suceden cosas que les generan mucha bronca y hostilidad, no pudiendo expresar su reacción con libertad. La manera de la que disponen es anotar todas sus broncas en un cupón, para tirarlos luego en una caja. Dos veces por semana, en el marco de este grupo, esta caja se abre, se leen los cupones y todos los que necesitan descargar hostilidades tienen la oportunidad de hacerlo. Es el único momento donde ellos pueden insultar. Se colocan a cierta distancia de aquel a quien desean descargar su hostilidad y mirándolo de frente le pueden decir todo lo que se les ocurre y piensan y tienen ganas. Al final de la reunión se resuelve esta hostilidad, pues se analiza cada caso. Puede haber consecuencias del análisis de los grupos, como perder el trabajo, o llevar un cartel. La idea no sólo es facilitar una descarga (si no estaríamos siempre conteniendo y nunca descargando) sino también, fundamentalmente, trabajar la violencia. Esto es a raíz de muchas circunstancias y situaciones que se van produciendo en la vida de la comunidad que despiertan violencia, a la cual necesariamente hay que contenerla. Al no poderla expresar, saben que cuentan con ese espacio dos veces a la semana para hacerlo. De este modo, aprenden a descubrir y reconocer la violencia dentro de ellos, mediatizarla a través del cupón y esperar el momento adecuado para descargarla, obteniendo así un espacio temporal y real para reflexionar sobre ello.

### ***Experiencias de aprendizaje***

Es una experiencia lúdica que se traduce en carteles, disfraces, caretas, elaborados entre el staff y los coordinadores. Cuando nos encontramos frente a alguien con alguna actitud muy marcada, habiéndolo tratado ya a través del libro de incidentes, luego en grupos, y la persona sigue cometiendo la misma falta y tomando la misma actitud, debe firmar un contrato con sus compañeros donde dice que está dispuesta a usar tal o cual experiencia de aprendizaje para aprender a superar este problema. Un cartel puede portar una leyenda como, por ejemplo «Por favor pregúntenme por qué siempre me olvido las llaves», «Pregúntenme por qué soy irresponsable» y similares. Brindamos la posibilidad de actuar la patología hasta que se agote, para que tome conciencia y vea que ése no es el camino hacia lo positivo. En realidad, todo el programa es una gran experiencia de aprendizaje. Pero esta herramienta en particular funciona en forma de recordatorios permanentes. La cotidianidad a veces lleva a descuidar aquellas cuestiones que debemos cambiar, y ésta es una manera de no olvidarlo. La presencia de un aspecto de la personalidad que trae problemas y sobre el cual es necesario trabajar, al ser constantemente puesto en evidencia durante el día del modo que sea, necesariamente será reelaborado porque sobreviene la imperiosa necesidad de extirpar eso que molesta. Los carteles y los disfraces son recordatorios, pero trascienden un poco más allá para llegar terreno de la actuación, a jugar ese aspecto, ese personaje que muchas veces no permite crecer. Por ejemplo, uno de los chicos, que era adoptado, decía que entre pensar que él había tenido la suerte de haber sido adoptado por esta familia a la que dice amar entrañablemente o verse como el pobre niño de la calle mendigando, él prefería verse como ese niño pobrecito y mendigo. Desde ese lugar de víctima, de pobre niño, nunca va a poder crecer, con lo cual si opta por verse así, se le hará un disfraz de niño pobrecito para que lo actúe y evalúe qué le pasa, hasta dónde puede llegar, y preferir quitarse ese

personaje. En otro caso, una chica quería actuar como bebé e insistía en ese rol, se le construyó un corralito donde debía permanecer y no podía participar de ninguna actividad pues como se sabe, los bebés se comportan así: observan sin participar en el mundo de los adultos. Finalmente decidió que ya era bastante, que quería abandonar ese lugar de no participación en el resto del mundo pues se le volvió en contra. Cuando un personaje está tan encarnado en una personalidad, se trata de conducirlo a vivenciar hasta que decida que no es lo que le conviene ni lo que elige. De este modo trabajamos sobre la conciencia de la elección. Esto es fundamental porque cuando terminen el programa deberán hacer justamente eso, elegir. Si bien la droga, el alcohol, la problemática corporal en el caso de personas con trastornos alimenticios estarán siempre presentes, deberán elegir y nuestra función es crear conciencia para que visualicen que el hecho de encarnar un personaje no es algo que no debe o no puede ser de otra manera pues no son víctimas de su propio personaje. Aunque se vivan a sí mismos como esclavos, no necesariamente son víctima, momia, fantasma o bebé en tanto no están presos en esos roles, pues tienen la opción de abandonar ese lugar. Este es el sentido de hacerles jugar el personaje hasta que no lo toleran más. Y ellos mismos así lo manifiestan: empiezan a modificarlo, se les notan actitudes distintas y sus mismos compañeros deciden quitarles el disfraz o el cartel porque ya no lo necesitan. Como se trata de una experiencia lúdica, algunos disfraces son hasta muy graciosos, como aquella chica que se enamoraba de todos los muchachos y recibió por ello un disfraz de novia. Es importante señalar que nadie se puede burlar del disfraz del otro, porque quien carga con el disfraz, en realidad está atravesando por un sendero doloroso, por lo cual hay que ser sumamente respetuosos. Podemos mencionar el caso de una mamá que escribía a su hijo cartas muy amorosas, donde decía amarlo y quererlo y que lo único que quería era estar con él, y guardaba también las cartas que su hijo le escribía. En una oportunidad hizo un contrato de fuga lo cual se descubrió (estas cosas siempre se descubren), y su experiencia de aprendizaje resultó en portar un letrero con todas las cartas que ella tenía preparadas para su hijo pegadas a su cuerpo y al cartel, y debía leerlas varias veces al día. Era algo verdaderamente fuerte y movilizante, donde la consecuencia está en directa relación con lo que ella misma hacía.

### ***Privilegios***

Todos trabajamos en nuestra vida común y recibimos una paga por nuestro trabajo. Del mismo modo, en el programa también existe la paga por el esfuerzo y por el trabajo del residente, que se traduce en forma de privilegios. Reciben así su sueldo por el trabajo realizado (en este caso, sobre su persona). Ganarlos, perderlos, poder contar o no con los privilegios, tiene que ver con una especie de medida o termómetro de lo que le pasa a cada uno. Por ejemplo, hemos discutido bastante acerca de los llamados telefónicos, si son o no privilegios, y hemos concluido que, en el caso de las personas con las que nosotros trabajamos, autodestructivas y destructivas a nivel familia, el llamado telefónico familiar es un privilegio, en tanto que en otro momento la presencia familiar no importaba como tal. Un bingo a la noche, el fútbol, la pileta en verano, un cumpleaños que se festeja y de pronto la familia manda una torta, fumar, tomar un café, llamar por teléfono, una carta, tiempo libre, una salida: son todos privilegios.

### ***Confieso de culpa***

Es una instancia muy importante, sumamente ligada a los privilegios. Trabajamos mucho esta temática, definiendo culpa como aquella acción que se realiza a sabiendas de que es una acción transgresora o negativa para la vida de uno o de un tercero, definiendo negativa con relación a la preservación de una buena calidad de vida. Todo hecho que se comete con conciencia y a sabiendas de que se está cometiendo una falta, genera culpa. Consideramos que la persona con culpa es alguien que no puede desarrollar todos sus recursos ni utilizar toda su energía de trabajo, porque el hecho de estar ocultando la culpa o soportando su peso le requiere tanta energía que no la puede poner en su actividad o tareas, con lo cual tienen la opción de confesar culpa. Luego de solicitarlo, se convoca a la casa y ante los compañeros se confiesan las culpas guardadas. Pero no es suficiente con confesarlo, pues consideramos que toda acción tiene su consecuencia, y por lo tanto la culpa debe ser corregida mediante consecuencias, que en primer lugar ellos mismos establecen. Esto significa, por ejemplo, que cuando confiesan una culpa, deciden cosas como «me quedo tres días sin privilegios, o una hora, o tres semanas», o «me mando desocupado». Tienen herramientas para instaurar la actitud correctiva en función de la culpa que ellos mismos han confesado. Esto es interesante porque a veces la medida de la culpa no coincide con la de la consecuencia, siendo que las medidas de las consecuencias son enormes al lado de culpas sin importancia casi, pero a partir de esto se hace necesario evaluar qué pasa, por qué tanta consecuencia para una trasgresión tan pequeña. O también observamos que se quitan los privilegios casualmente un domingo, que es el día de las llamadas telefónicas, con lo cual se puede sospechar que tal vez exista un conflicto con la familia, o que no quiere hablar y esta es una buena forma de evitarlo. O al revés, los que confiesan culpa en lunes o martes y se quitan los privilegios hasta el sábado, como para poder tener el domingo libre para los privilegios. En síntesis, es interesante evaluar cómo cada uno maneja su confieso de culpa y el tipo de conducta correctiva que se propone como consecuencia.

### ***Asamblea de la casa***

Con la presencia de todos los miembros del programa, se pueden discutir temas relacionados a la casa, observar que no están haciendo lo que deben, o que la casa merece salir a jugar un partido de fútbol, cualquier motivo que incumba a la casa, entendiendo por casa a sus habitantes, no a la estructura edilicia. Surgen según las convocan los coordinadores aunque también puede convocar un obrero y plantear algo como «estoy tratando de dejar de fumar, así que si me ven fumar por favor no me dejen, no me conviden», o cualquier otra declaración a la cual todos escuchan y accionan de acuerdo a ello.

### ***Asambleas generales***

Se convocan cuando hay una persona que se niega permanentemente a cambiar una actitud que lo está perjudicando. Donde ya se intentó con los grupos, los incidentes, con experiencias de aprendizaje y hasta sacarle los privilegios y no se obtuvieron resultados, entonces se convoca a asamblea general y la persona, de pie frente a todos los compañeros, debe responder a las preguntas que formulen. Si su respuesta no satisface a los compañeros o los hostiliza, éstos pueden levantarse y descargar esa hostilidad. Se organiza del siguiente modo: se marca un cuadrado de un metro de lado al que nadie

puede traspasar y en su interior se ubica la persona, mientras los demás pueden decir lo que quieran fuera de ese cuadrado.

### **LA CUESTION DE LAS RELACIONES INTERPERSONALES**

Una de nuestras reglas primordiales se refiere a no-sexo, no droga, no-alcohol y no-violencia, porque interferirían en el proceso. Es muy difícil que dos personas entre las cuales se sucede una alianza amorosa, luego se puedan ayudar. En el programa, los chicos se convierten en compañeros de ruta a lo largo de un trabajo sobre sus propias personas, y deben aprender a contener el deseo sexual dentro del marco del proceso. Este tipo de personalidades, a las que les resulta tan difícil adquirir solidaridad responsable o lograr un amor donde lo que prime sea ayudar al bienestar del otro y el propio responden a estructuras muy inmaduras que necesitan satisfacción inmediata. Si el deseo sexual aparece como urgente frente a un otro que exige probar la satisfacción del deseo sexual, éstos no es vistos como compañeros de trabajo, y comienzan a sucederse las permisividades, con lo cual, en vez de aliarse para crecer, sobreviene la alianza para la trasgresión, entonces no puede haber relaciones sexuales entre ellos. Una vez que finaliza el programa ya no nos corresponde indicarles nada al respecto, pues se supone que ya han pasado por su experiencia de aprendizaje, aunque nuestra recomendación es que elijan amigos nuevos. La problemática social, a posteriori del programa, es muy compleja: los amigos de antes, los «amigos de la droga» ya no son los indicados y los que no estaban en la droga están situados en otro proyecto de vida, con lo cual esto se les presenta como un problema serio. La idea es que, a partir del desarrollo de sus objetivos, logren abrirse a otro tipo de amistades. Cuando se produce un enamoramiento dentro del programa, se da en un marco muy limitado, respecto de esas pocas mujeres o estos pocos hombres, ya que cuando salen se dan cuenta de que hay muchas más mujeres y hombres en el mundo: siendo que en el programa hay muy poquito para elegir, esos enamoramientos en realidad son fantasías, no son reales, y lo consideramos como un equivalente a la droga: es lo trasgresor, lo no permitido. Está por demás claro que el amor no es algo que uno pueda prohibir o permitir, pero al producirse alguna de estas situaciones, se trabaja en qué medida es enamoramiento o necesidad de trasgresión; o en qué medida son responsables para ponerse límites ellos mismos o a la persona que les gusta o ayudarla a crecer, o en qué medida es una situación que usan para progresar en el programa para poder dejarlo y desarrollar ese amor que sienten, en tanto lo utilicen positivamente para el crecimiento personal. En general, frente a este planteo se presentan respuestas como «no puedo» o «no era lo que yo pretendía», es decir, aparecen conductas defensivas y resistentes.

### **EL CAMBIO: LLEGAR A COORDINADOR**

En general el programa trabaja sobre la actuación de elementos totalmente ajenos a ellos, sobre los que van actuando y avanzando, escalando posiciones, en un tiempo promedio de 18 meses en el que llegan a ser coordinadores. Algunos no lo logran nunca, y otros antes, depende del grado de deterioro. Ha habido casos de 12 y alguno de 30 meses. El hecho de llegar a coordinador implica hacer un cambio muy importante en la vida: es

alguien que maneja la comunidad con todas sus obligaciones y responsabilidades, y alguien capaz de hacer esto puede desenvolverse en cualquier trabajo. Se trata de un objetivo importante que se proponen porque la inserción llega, en general, después de haber pasado por esa jerarquía, además de constituir una meta por ser la jerarquía más alta de la casa. Cabe aclarar que cada jerarquía plantea obstáculos determinados, y que la resolución de esos obstáculos va implicando cierto cambio en la actitud. No es suficiente de por sí el cambio de actitud en lo que la jerarquía propone; además hay que fijarlo y trabajarlo sobre la constancia, ya que puede ocurrir que alguien tenga buena capacidad para ir sorteando las propuestas que cada jerarquía le plantea y llegar a coordinador, y a lo mejor lo hace en muy poco tiempo, pero a pesar de ello, a la vez carezca de la conciencia de su capacidad ni el objetivo: quizá se propone terminar cuanto antes o irse pronto. Probablemente esta persona, si no pone a prueba su constancia, sea alguien que recaiga con mucha facilidad, que resuelve todo rápidamente pero nada le dura, nada adquiere permanencia. La acción de poner a prueba la constancia requiere sostenerlo en el tiempo, y eso a veces provoca que trastabilen y caigan, incluso en el lugar de coordinador, que no es un pase seguro para la reinserción. La propuesta para el cambio, en realidad, está dada en todas las jerarquías, cada una de las cuales hace una propuesta diferente y hay que sortear los obstáculos que se presentan. Aún siendo la de coordinador la jerarquía de más responsabilidad, las otras también, así como presentan dificultades que deben sortear. Pueden aparecer ciertas personalidades sin la esencia básica para ser coordinadores, y han concluido el programa desde jefes, por ejemplo. Si bien no son muchos los casos, pero nos ha ocurrido, y hay que saber evaluarlo: personas más grandes en edad, tal vez. Esto es para pensar que el proceso de cambio y de crecimiento está dado desde el comienzo: el momento en que alguien elige hacer el programa. En primera instancia, apuntamos a cuidar la vida de una persona; a veces los residentes acceden al programa porque los obligaron o porque la familia o el juez así lo quisieron, pero aún no toman su propia decisión. El programa comienza para ellos recién cuando han logrado tomar una decisión respecto a iniciar un crecimiento.

## **LA PROBLEMÁTICA FAMILIAR**

La presencia, dentro de una familia, de uno o más miembros que han desviado su conducta, refleja la disfuncionalidad de los vínculos que abarca la familia completa. El hecho de que existan otros miembros aparentemente «sanos» (dicho esto porque cumplen con las expectativas propias de su edad) no implica que escapen a una estructura relacional enfermiza. Esta circunstancia hace que el programa promueva influencias en la familia, tendiente a vincularse con la institución de la manera que sabe, es decir actuando su conflictiva: miedos, ocultamientos, confusiones en los valores y en el ejercicio de la autoridad, manipulaciones son algunos de los elementos que van apareciendo con relación al miembro internado y al programa, por lo que se hace necesario trabajar con el grupo familiar para ir resolviendo esta problemática que afecta a todos sus componentes. El sólo hecho de llevar a un hijo a un tratamiento con límites explícitamente rígidos, implica que la familia, a su vez, se vea sometida a recibirlos y a la vez los demanda en cuanto a poner coto a su sintomatología. Se trata, por lo general, de familias que se sienten culpables de la situación de su hijo y como consecuencia se

muestran permisivos, alimentando aún más la problemática del adicto y de su actitud frente a la vida. Es muy difícil porque tratamos de incomodar a los chicos para que cambien, y la familia, desde su lugar, trata de brindarles otra comodidad. En ese punto se produce una colisión entre la familia y el programa, que se convierte en una especie de gobierno malo y tirano mientras que la familia, para el chico, se convierte en aliado.

Profundizando un poco en este aspecto, diremos que la familia, frente al sentimiento de culpa originado en lo que les sucede a los hijos, no siempre es consciente de ello. No estamos frente a problemáticas familiares que salten a la vista con mucha facilidad. Hemos visto separaciones en buenos términos, otras con trato agresivo, otras familias bien constituidas sólo en apariencia pues permanecen juntas pero con vínculos de maltrato entre los padres, casos de violencia familiar donde esta violencia es considerada como un trato natural, otras con hijos adoptados donde el tema se ha manejado con sinceridad y otras en que se oculta: en este sentido es que no podemos hablar de una familia tipo, pero sí de una familia disfuncional.

Si bien es cierto que algunos se cuestionan si han sido o no buenos padres, en otros casos esto ni siquiera aparece como planteo y depositan toda la responsabilidad en los hijos o en sus amistades, a raíz de que les cuesta mucho mirarse a sí mismos. En estos casos es más difícil aún trabajar y el programa tiene entidad de enemigo, un elemento presente frente al que despliegan un esfuerzo enorme por ocultarlo. En otros casos, es visto como un apoyo y despliegan una actitud de colaboración hacia el mismo. Nos hemos encontrado con todo tipo de situaciones, pero lo cierto es que, por un motivo o por el otro, se trata de familias con gran dificultad en la puesta de límites a sus hijos y un gran temor a no ser queridos o a ser descubiertos en algo que quieren ocultar. Desde un criterio antiguo o tradicional, diríamos, con relación al status de un miembro "enfermo", intentando que obtenga todas las comodidades del mundo, más a la manera de un centro de recreo que de un programa de rehabilitación. Frente a los límites, entonces, que el programa propone, se sienten increíblemente incómodos y quieren mandarles cosas, golosinas o ropa, ante lo que debemos indicarles que no, porque no está de vacaciones, sino trabajando sobre su persona y necesita sentirse incómodo para poder trabajar. Para que las familias puedan comprender el programa, ayudarlas a reflexionar acerca de qué les pasa y sobre la calidad de sus vínculos, brindarles alguna clase de comprensión de cómo llegaron a tales circunstancias y empezar a elaborar el proyecto de cómo quieren seguir, que se pregunten qué pueden hacer para estar mejor: para todo esto están los grupos multifamiliares, que se realizan con frecuencia mensual. No los queremos atosigar con entrevistas: en general están cansados y desgastados, sobre todo si vienen de otros tratamientos donde los obligaban a una presencia mucho más frecuente o donde los han hecho sentirse muy culpables, y lo que nos interesa es que asuman su responsabilidad en el acompañamiento de su hijo, pero fundamentalmente que la asuman en sus propias vidas. Cuando preguntan qué pueden hacer para ayudar a su hijo al que acaban de internar, la respuesta que damos es divertirse más, pasarla mejor. Y se sorprenden, no comprenden. Esto parte de una reflexión fundamental: ¿cómo vienen viviendo? Por lo general, la respuesta es que no llevan una vida buena, positiva, pues nadie produce alegría o bienestar de la violencia o la incomodidad, y esto es lo que hay que trabajar con todos. En una oportunidad ha surgido, por ejemplo, el planteo de un padre acerca de que, desde que su hijo estaba internado, él no sabía qué hacer con su tiempo libre pues se sentía aburrido después de haber corrido siete años detrás del chico. No queremos papás ni mamás que hagan del eje de su vida la preocupación por el hijo, quien de este modo se condena a ser el entretenimiento de los padres, por lo cual se paga un precio demasiado alto. Pretendemos padres y madres que puedan pararse sobre sus propios pies y hagan de su vida algo interesante. No olvidemos que estos hijos han tomado a sus familias como

modelo, y es importante que éstas sepan que el contenido de estos modelos, lo que los hijos copian, no es lo que los miembros de la familia dicen sino lo que hacen con las actitudes. De este modo, frente a padres con muy poca valoración de sí mismos, débiles, manipuladores o transgresores, estos hijos han copiado el modelo sin que nadie se dé cuenta cómo. En varias ocasiones ha surgido, en el marco de las multifamiliares, comentarios de padres como «entonces, a mi hijo le enseñé a transgredir, porque iba al teatro y pagué coima para obtener una buena entrada...», o «yo me iba de joda con mi hijo porque pensé que nos acercaría más».

Si bien la familia, al ingresar un hijo al programa, es advertida del funcionamiento del mismo, ellos acarrean con una patología similar a la del adicto, y lo que se les advirtió al inicio puede tenerse en cuenta o no. Un ejemplo sería el de un residente en pleno crecimiento y avance cuya mamá es alcohólica y lo retira porque no soporta más que su hijo esté internado, o algunas mamás que no presentan patologías adictivas a la vista, pero a lo mejor tienen un trastorno grave del narcisismo y cualquier situación que adviertan que el programa va revelar en cuanto a la problemática relacionada con su personalidad, no lo pueden soportar, con lo cual cuando el hijo empieza a mejorar, hacen crisis. Entonces los retiran o los abandonan o nos acusan de asociarnos con el padre por ser éste quien tiene el dinero para pagar el programa. También puede suceder el abandono de la situación del hijo adicto, madres que le han dicho «no queremos saber nada con vos», u otras que han llegado al grupo terapéutico en el programa mismo con argumentos demandantes para el residente del estilo de «¿y quién te cuidó a vos? ¿Quién te cambió los pañales?», como si realizar una función materna no fuera lo común, es decir, lo esperable de una madre.

El encuentro con la familia debe producirse después de que el residente haya podido cortar el cordón umbilical y esté preparado para entablar una nueva relación, adulta. Mientras tanto, es inútil. La madre se siente culpable y desea que su hijo no la odie, para lo que trata de pasar por encima de las leyes del programa. Para ello, una vez por semana la psicóloga del staff coordina grupos con padres, para trabajar lo que surja de acuerdo a la problemática de cada familia.

Una vez fuera del programa, el proceso hace que los chicos pasen a ser como miembros activos del mismo en sus casas y quieren poner orden, descubrir quién manipula o engaña, quién se comporta así dentro de su propia familia y empiezan a ver un montón de cosas que antes no veían. Salen muy entrenados en la observación del otro y de sí mismos, aunque el proceso se haya iniciado mucho antes. Los padres no tienen idea de la importancia que tiene para los residentes que asistan, por ejemplo, a los grupos multifamiliares. Muchas veces la primera pregunta que hacen los chicos es sobre si sus padres concurren. Durante el primer año se realizan tres encuentros en total con la familia, cada cuatro meses, donde se trabaja sobre los vínculos. A partir de esto se supone que tienen que ganarse sus salidas y no queremos que confundan un encuentro familiar terapéutico con una visita, es decir, un encuentro de carácter social. Luego del primer año el encuentro familiar queda supeditado a la urgencia de una problemática determinada y por indicación terapéutica, pero ya no como parte del ejercicio del programa en sí mismo.

Las «fichas» familiares, es decir, sus actitudes y manifestaciones sintomáticas o patológicas, en realidad saltan, se hacen notorias desde el comienzo, siendo deducible qué familia toma el programa como un aliado y cuál lo toma persecutoriamente. Siempre se trata de familias disfuncionales y el adicto es su emergente, radicando el problema en los vínculos y no en un sujeto determinado, en el que aparece el personaje, que es lo que trabajamos en el programa. Un ejemplo es el tema de la culpa: echar la culpa afuera es

algo que la familia puede vivir como totalmente normal: dar por sentado que actuó desde la buena fe, por lo que no tiene la culpa de lo que sucede. Lo importante es empezar a pensar que las conductas tienen consecuencias, sólo que en estos casos nunca han sido cuestionadas. Por ejemplo, una mamá dice: «no puedo decir que no», y se la invita a pensar en las veces que ha dicho que sí, para marcarle en ese punto el NO que está implícito: si le dice que sí a algo a su hijo, hay otra cosa a la que le ha dicho que no... Les cuesta comprenderlo, nunca había pensado que en cada sí hay un no implícito, y no hay mala fe en ello, simplemente no lo piensan y se sorprenden ante la sola idea, por lo que se hace indispensable un trabajo minucioso de toma de conciencia sobre la responsabilidad en cada acto y cada conducta, frente a las mecánicas y conductas repetidas a modo de piloto automático sobre las que hay que trabajar en las familias: éste el objetivo principal en el trabajo grupal multifamiliar.

La asistencia de las familias a los grupos es voluntaria y algunas no desean venir. De acuerdo a la experiencia, los grupos familiares que carecen de este apoyo dificultan mucho más el proceso de los residentes, incluso de acuerdo a la estadística se puede decir que es más fácil que recaiga en el consumo aquel cuya familia no ha venido que aquel cuya familia sí ha asistido.

Algunos de los chicos, una vez que terminan, continúan su terapia individual con un profesional relacionado al programa y otros con alguien externo. Pero siempre aconsejamos la continuación de la terapia individual y cuidamos que estén apuntalados hasta el momento de la graduación.

Es importante señalar que cada caso es diferente y con esa singularidad es tratado. Creemos importante, una vez terminado el programa, que el residente ponga a prueba lo que aprendió, que «salga a la cancha». A las familias, a su vez, se les recomienda que sigan asistiendo a los grupos. Simultáneamente, el proceso de corte con el programa se va dando de modo natural, tanto de la familia como del residente. También depende de dónde viven y otros factores, pero la opción sigue vigente, aunque no sea una normativa del programa en sí. En algunos casos se recomienda continuar con terapia individual, pero tampoco es norma. Sí, en todos los casos, se recomienda que la familia continúe con los grupos, y la terapia individual o familiar va a depender de cada caso particular y las circunstancias en las que se hallen.

### III

#### Testimonios

**Sergio**, de veinte años, terminó el programa hace tres años y medio. **Silvia**, de veintidós, hace diez meses. En esta entrevista, plasman su relato sobre su paso por IBICUY. Los grados de frustración, impotencia y soledad que presentan sus palabras se infieren en tiempo pasado. El programa IBICUY logró devolverles lo que ambos desesperadamente ansiaban encontrar: la posibilidad de elegir otro camino, descubrir sus anhelos

personales, sentirse útiles y felices. En definitiva, una oportunidad, porque supieron que ellos también pueden.

### **¿Cuándo comienzan sus problemáticas? ¿Recuerdan algunas situaciones?**

**Sergio:** lo mío, si bien he probado la droga, fue más por problemas de conducta. Desde los siete u ocho años empecé a escaparme de mi casa, ir a los videojuegos, drogarme con *Poxirán*. A los quince, después de haber pasado por seis o siete institutos, en 1997 y por medio del Consejo del Menor y la Familia, llegué al programa **IBICUY** y en 1999 lo terminé. Pasé por comunidades terapéuticas, hogares y hasta estuve con una familia sustituta durante casi tres años.

### **¿Cómo está compuesta tu familia?**

Mi mamá, y creo que como ocho hermanos más... somos bastantes.

### **¿En qué estado llegaste a IBICUY?**

En el mismo estado que está un pibe de quince años que viene de pasar por una larga recorrida. Había probado la droga y estaba robando, los problemas de conducta se habían hecho peores. Apenas llegué mi primera idea fue descubrir la posibilidad para escaparme como cualquiera que cae en una institución de esas características. En todas las que había estado nunca había cumplido más de dos semanas. Pero en ésta tardé más de dos años, ya no en escaparme, sino en terminar el programa que propone.

### **¿Dónde vivías y en qué condiciones cuando entraste al programa?**

Siempre fui una persona muy independiente. Desde los nueve años, en que empecé a caer preso, mis estadías en la calle eran de dos o tres meses y me la pasaba encerrado en un lugar u otro, no tenía mucha suerte. Conozco la droga, la he probado pero no me considero un adicto: me daba más adrenalina salir a robar con un fierro en la cintura que fumarme un porro en la plaza o tomarme una bolsa... Cuando llegué a IBICUY, la primera impresión fue querer irme, como decía, pero a nivel institución, porque en unos días no llegas a conocer de qué se trata. Pero después de haber estado en tantos lugares, ves esa estructura... pienso que lo que más chocó es todo el tema de los cargos, las jerarquías, el respeto hacia el otro. Y una diferencia fundamental con los otros lugares: las puertas no están cerradas, sino que las cuidamos entre nosotros, eso es lo que más me llamó la atención. Me preguntaba, digamos, ¿cómo entre bomberos nos vamos a pisar la manguera? Después de haber pasado por todo lo que pasamos, cada uno en su historia, ¿mi compañero me tiene que estar mirando para que yo no me escape? Y quizá él esté en una etapa más elevada, pero ha pasado lo mismo o peor que yo y, como se dice en al calle, que «se ponga la gorra» de esa forma no va. Eso es lo que más choca. Luego uno comienza a hacer el sistema dentro del programa pero sólo por las consecuencias o los privilegios como fumar o disfrutar del tiempo libre. Uno no es tarado, si te meten el dedo en la llaga se trata de que no te lo metan, y una forma es seguir la manada hasta que uno empieza a abrirse el propio camino, que es donde empieza el cambio.

**Silvia:** cuando empecé a tomar alcohol y drogarme tenía catorce años, pero el quilombo venía de antes. En el colegio no hablaba con nadie, pero era buena estudiante, me sacaba muy buenas notas. A los trece empecé a tener problemas de conducta en la escuela y la llamaban siempre a mi mamá. Empecé a llegar tarde a mi casa, a tener problemas con mis viejos. Me preguntaban qué pasaba y yo no respondía. Después, mi mamá me echó de casa porque yo llegaba muy mal y mis viejos no sabían cómo manejarlo, me ponían castigos que yo no cumplía, hacía lo que quería.

### **¿Cómo se compone tu familia?**

**Silvia:** somos tres hermanas, una mayor, otra menor y otro hermanito de siete, por parte de mi viejo. Mis viejos están divorciados desde que tengo ocho, mi viejo tiene su familia y yo me quedé con mi vieja. Me fui de mi casa y empecé a *ir* a lo de mi viejo, por ahí volvía o me quedaba en casa de una amiga o amigo, hasta que me fui definitivamente y me quedaba en la calle. O vivía en pareja, un poco de todo hasta que a los diecinueve empezaron las primeras internaciones. Venía consumiendo cocaína, marihuana, ácidos y, más que nada, alcohol. Tuve esa primera internación que supuestamente era para desintoxicarme, con medicación, y después un tratamiento ambulatorio. Estaba absolutamente estúpida, estoy totalmente en contra de la medicación, aunque en ese momento la tomaba. Después de dejarla volvía a ser la de antes... andaba de acá para allá. Pasé dos meses en el Instituto de Menores y de ahí me llevaron al programa. Mi vieja hizo todo desde ahí para llevarme a **IBICUY**. Obviamente, la jueza no quería porque lo tenía que solventar el Consejo, así que mi vieja hizo todo un rollo para que su obra social se encargue.

**Sergio:** en mi caso, el Consejo del Menor se hizo cargo de los gastos del programa sólo hasta los siete meses, luego el que se hizo cargo fue Juan Carlos. Me enteré después, porque como cuando estamos adentro nosotros no estamos al tanto de eso. Cuando fui parte del staff, en el último tiempo, lo supe: después de los primeros siete meses el Consejo me quiso sacar, pero Juan se negó y tomó la responsabilidad porque quería que termine el programa.

**Silvia:** la obra social hizo lo mismo, se lavó las manos después de los seis meses y no pagó más. Pero ése fue el principio, mi vieja luchando para que lo pueda terminar. Ella me quería llevar a una de esas granjas de puertas abiertas, pero eso no servía, tenía que ir a un lugar de donde saliera bien.

### **¿Y a vos qué te pasó ese primer día que llegaste?**

Silvia: me quería matar. Iba en la combi del Consejo y le decía a mi vieja «de última me quedo cinco o seis meses y me voy»... Y ella me seguía la corriente: «claro, claro...». Iba tranquila porque estaba medicada, pero completamente consciente de dónde iba. Cuando llegué, uno de los chicos, un brasilero que estaba haciendo el programa me acompañó hasta la casa y lo primero que le pregunté fue «Cuánto tiempo tenés acá?». «Veinte meses», me contestó.

-, y yo me quería matar. Digamos que el ambiente de por sí era, por lo que vi apenas llegué, mejor que un instituto de menores, pero igual, pensar en esa cantidad de tiempo era inimaginable.

**Sergio:** te cuento algo. Yo tuve siempre la suerte de caer bien en todos lados, tener buena onda con los empleados de los lugares donde estuve. Recuerdo uno en un instituto que me dijo «a vos lo único que te falta es tener responsabilidad. El día que vos tengas responsabilidad y sientas qué es, vas a cambiar». Siempre pongo el parámetro de los siete meses, cuando hice el clic. Era jefe de procuradores, tenía siete u ocho personas a mi cargo y era responsable de la seguridad de la casa; empecé a darme cuenta cuando me empecé a enganchar con la responsabilidad más que con el programa en sí: ahí fue cuando hice el cambio. Antes de eso, calculo que seguía la corriente según mi conveniencia. La pasas mal, en el sentido de que te levantas temprano, tenés cosas para hacer. Si estás en tu casa y te sentís mal, te tirás a dormir o a ver televisión, en cambio ahí es seguir haciendo las cosas que te tocan, dar el ejemplo ayudando a tu compañero y a vos mismo, seguir las actividades. Después de ese tiempo de siete meses es como que

me entregué, me dije «me viene sirviendo esto que hago, vamos a ver qué pasa». Había estado en tantos lugares... Me río porque los empleados siempre decían que mi prontuario era más pesado que lo que yo pesaba físicamente. Con quince años tenía cuarenta y tres causas, se complicaba un poco. Yo no tenía nada que perder. ¡Había pasado mi vida encerrado en tantos lugares!

**Sergio:** más que el tiempo, lo que implica. En comparación, si estás en un instituto, te la pasás tirado en tucelda, tranquilo, bajas al patio cuando querés, en cambio acá son dos años de trabajo intenso con el dedo en la llaga permanentemente. Eso pesa más que el tiempo.

Dos años en el programa es distinto a pasarlos en cualquier otro lado, donde estás tranquilo, tengo para comer, dormir, no paso frío, es gratis. Acá es lo que implica: el enorme sacrificio, mucho trabajo personal porque continuamente estás encontrándote con vos mismo, y reflejarte permanentemente en un par tuyo también implica muchas cosas. En mi caso, cuando llegué, siempre tuve la idea de escaparme, pero no iba a salir corriendo porque sabía que me iban a pescar, pensaba que lo haría cuando se diera el momento, y el momento se dio sólo cuando hice el cambio.

**¿Recordás el momento en que hiciste ese cambio, ese clic?**

**Silvia:** había tenido tantos problemas con mi familia que pensé lo mismo, que ésta me la iban a bancar también, Cuando llegué pensé que era un lugar como todos los demás, pero cuando vi que había que comprometerse con las actitudes, no me gustó nada. Los primeros meses hacía todo para afuera, sin compromiso, para subir la jerarquía. No me sinceraba, era muy «careta». El clic de querer encontrar un sentido al programa fue a los quince meses, cuando era coordinadora de cocina. Estaba muy mal por dentro y hacía mi trabajo sin ganas, me salía todo mal. Cuando tenía que decirle algo a alguno de jerarquía menor me sentía una hipócrita. Ahí caí desocupada.

**¿Cómo es caer desocupado?**

**Silvia:** es un momento del programa. Para mí tiene origen en fallas de uno mismo. Si a uno le va mal en el trabajo no es porque sí. No está bueno estar desocupado. Es cuando no sos digno del trabajo que te toca. Me pasaba el día limpiando, no te queda otra cosa que pensar en vos mismo todo el día, además de que los compañeros están marcando todo el tiempo tus errores. En realidad, ya no tenés la responsabilidad de ocuparte de los demás y sólo te queda ocuparte de vos mismo.

**Sergio:** caer desocupado es como entrar a boxes en una carrera. Si mientras tenés jerarquía hay gente a tu cargo, desocupado no podés tener a nadie a tu cargo. El programa en sí, a pesar de que tiene muchas actividades y estar continuamente «a full», es un 30 por ciento funcional y un 70 por ciento emocional, o más. Siempre lo emocional se ve reflejado en lo funcional, hay muy pocos casos donde esto no sucede, cuando son máquinas o están adaptados y esto pasa cuando tenés un cierto tiempo, a todos nos ha pasado. Uno actúa pendiente de lo que el otro va a decir de uno, y el otro marca cosas o las dice desde lo funcional, digamos. Empezar a fallar, equivocarse con el trabajo es signo, sin duda, de que algo está pasando. ¿Qué pasa que hace diez días eras un excelente coordinador y ahora te venís abajo?

**Silvia:** claro, entonces a los quince meses fue mi cambio. Estaba podrida, no le encontraba sentido al programa. No tenía ganas de hacer nada, ni trabajar, pero tampoco quería mandarme desocupada, no tenía ganas de estar ahí pero tampoco de estar afuera. ¡Nada! Me imaginaba afuera y me pintaba un futuro oscuro. Tenía que sostener esa imagen que me había impuesto yo misma, nadie me obligaba, no quería hablarlo y no me sentía digna de hacer mi trabajo. Me mandaron desocupada y ahí me empecé a plantear qué quería, qué pensaba hacer, y fue cuando pude empezar a hablar de lo que me pasaba con mis compañeros en los grupos de desocupados. Mientras los demás disfrutaban del tiempo libre, el desocupado quedaba adentro limpiando y entonces se organizaban estos grupos. Ahí saltó toda la mierda porque dije las cosas como realmente las sentía. Me sinceré, conté que no le encontraba sentido al programa. Ese período de desocupada que tuve fue una tortura, el peor. Había perdido la jerarquía, me quería matar, pero a la vez fue cuando me empecé a plantear qué quería para mi vida cuando saliera. Así comencé con este pequeño ejercicio personal, preguntarme qué quería hacer, qué tenía que ver conmigo, y me di cuenta que me gustaba dibujar y escribir, que había cosas que sí me gustaban, además de todo eso que había hecho antes del programa y creía que era todo para mí: tomar alcohol y estar con mis amigos, mejor dicho con quienes pensé que eran mis amigos. Empecé a desear salir, terminar el secundario, a revisar la relación con mi familia, descubrir cosas en el ámbito familiar con mis hermanas, o de mi vieja, cuestiones que por ahí también tenían que ver con mi enfermedad. Un montón de cosas que no me habían pasado antes. Fue donde sentí realmente el propósito del programa a través del replanteo sobre quién era y qué quería...

#### **Empezó el trabajo sobre tu persona.**

**Silvia:** sí, porque en realidad qué quiero ahora por ahí ni yo lo sé. Recién empiezo.

#### **Pero parece que sabés lo que no querés.**

**Silvia:** tal cual. De acuerdo a eso voy poniéndome puntos a mí misma. Por ahí me «saltan fichas» de antes, de permisiva, de débil... bastante seguido. Pero es que soy yo, soy la misma persona que entró al programa, y la diferencia es tratar de no canalizarlo como lo hacía antes. por la droga o el alcohol. Me cuesta muchísimo a veces, pero trato de otra manera. Por ejemplo, intento cosas para desinhibirme, hablar más. ¡Ahora hablo de **más!** (risas). Cuando veo que no puedo decirle algo a alguien trato de trabajar eso y lo digo como puedo.

#### **Usas lo que aprendiste en el programa.**

**Silvia:** sí, recuerdo todo lo que pasé y no me dan ganas de volver, entonces me pinta alguna de esas actitudes que reconozco como que antes me perjudicaron y me niego.

#### **¿Qué les pasaba con esa forma de comunicarse a través del grito?**

**Silvia:** cuando llegué me pareció que estaban todos locos.

**Sergio:** es chocante no sólo para el que viene de afuera sino para el que está adentro del programa también. Depende del estado emocional que uno tenga. Me ha pasado que me han dado críticas a los dos o tres meses de estar y yo pensaba «qué dice este tarado, se cree más que yo porque me está gritando, que se vaya a la p... que lo parió...», hasta

querer pararte y pegarle una patada, ¿qué me viene a gritar? Pero también llega el momento en que uno tiene que hacer exactamente lo mismo con el otro.

### **¿Qué cosa sentías que ejercitabas al no poder responder como querías?**

**Sergio:** en mi caso, yo estuve trabajando casi tres años de staff. Luego se me iba un poco más el grito y no era por hostilidad al otro, sino por impotencia, porque había pasado por el programa y sabía que había cosas que no se pueden hacer. Capaz que explicabas más de una vez y seguían haciendo las cosas mal, entonces sentía que había que darle una buena crítica para que se le «destapen los oídos» y «empiece a escuchar». Con esa crítica con grito le decís «qué mierda estás haciendo, estás perdiendo acá y el mundo gira y todo sigue pasando...». Me ha pasado también como coordinador, es tanta la compenetración que uno toma como pilar de la casa y sentís «esto es mío, lo tengo que defender, y si uno se me quiere escapar...». No sólo por perjudicar a uno en el puesto sino por lo que implica también. Si el pibe se escapa hay consecuencias para uno mismo, pero para quien se escapa también.

### **Son dos vías de trabajo: el cuidado de otro y el de uno.**

**Sergio:** sí, esto lo he hablado con Silvia y con otros, en mi caso tampoco fui nunca el más hablador, siempre me costó hablar de lo que me pasa, qué sentía. Hasta los veinte meses de estar en el programa no sabía qué iba a hacer de mi vida. Sólo sabía que el camino que hacía era el correcto. Ahí adentro te vas poniendo objetivos, metas. En principio, es ver qué hacer para subir de jerarquía, porque cuanto más subís más privilegios hay, pero llega un momento en que el objetivo cambia porque deja de ser para uno mismo solamente y pasa a ser también para el otro. Pensás en el otro, no como psicólogo ni con un libro de Freud en la mano, sino como par, «yo pasé lo mismo que vos, la pasé mal también, sé lo que es estar sin cigarrillos, pensó qué vas a hacer...». Cuando empecé a hacer esto me empecé a sentir mejor: a hablar con los pibes, a dar una mano... Si bien no he participado mucho de los grupos y he tenido consecuencias por eso, me he enriquecido aconsejando a los demás, y eso es porque te sentís reflejado. El recién llegado es como si trajera noticias del afuera, y esa persona que llega destruida te hace pensar que estamos cada vez peor.

### **¿Qué pasa con el cuerpo, con lo físico, la abstinencia?**

**Silvia:** a mí me fue para el culo, mucha manteca y azúcar, canalizaba por el lado de la comida, engordé mucho.

**Sergio:** más que abstinencia lo pondría como ansiedad. La convertís en ansiedad. Conozco muy pocos pibes que hayan entrado ahí y no hayan tenido problemas con la comida, pueden comer salami con tostada y dulce de leche, no medís lo que comes, lo que fumas. La ansiedad luego se va manejando con los límites que pone el programa, digamos. porque no es que se puede comer o fumar todo lo que uno quiera. Llegas y tenés cuatro paquetes de cigarrillos para toda la semana y si no te alcanza te vas a fumar los dedos porque no hay más. Y con la comida lo mismo: tenés tu porción de comida y si después, de trucho, te comés una porción de torta de más recibís una pequeña experiencia: un antifaz de trucho, una consecuencia que te diferencia de la casa, te marca con respecto a los otros. De repente ves a alguien con antifaz y cada vez que pasa le

preguntás por qué lo lleva y él debe explicar que se comió una tostada que no debía, y que de treinta pregunten veintinueve cada cinco segundos... se complica un poco, muy bien no te sentís. Después de esto, con toda seguridad empezás a manejar la ansiedad. Algunos han llegado con medicación, con otro tipo de abstinencia, pataletas y convulsiones. A ellos se les provee de alguna medicación o un poco de calcio hasta que estabilizan. Una vez que esto sucede, hay que seguir solos.

### **¿Qué pasaba con las familias mientras estaban en el programa?**

**Silvia:** en mi caso los quería tener lejos. Por un lado guarés hablar porque estás solo, y ves a tu familia como el único contacto más «humano» que queda. Extrañaba como nunca a mis padres siendo que nunca les había dado pelota, y empezás a sentir la distancia y el tiempo que te separa. Se pueden mandar cartas y al mes ya podés hablar por teléfono, pero se sienten como el único contacto con el afuera, y después los extrañaba mucho. Nos escribíamos, empecé a tener salidas y los veía. Con el tiempo empezamos a plantear también las cosas que nos molestaban a mis viejos y a mí, ellos tenían miedo de lo que me pasara afuera, de que este programa sea como todos los demás, y yo abrí las cosas que me jodían de ellos, actitudes que sabía que me iban a perjudicar. Para eso estaban los grupos familiares con Patricia, donde teníamos la oportunidad de hablar mucho. Esto no era obligatorio. Ahí se planteaba todo lo que molestaba de ambas partes. Creo que mis viejos en sí no cambiaron, lo que sí cambió es mi forma de reaccionar frente a cosas de ellos, como límites o cuestionamientos frente a los que me callaba o daba un portazo, o aparecía borracha. Ellos siguen con las mismas actitudes quizá, y yo también, sólo que ahora cambió el modo, tratamos de buscar otra salida a los problemas, tratando de bancarnos y decirnos cuando algo nos molesta. IBICUY no es un pase de magia que todo soluciona, sino que cambias el modo de reaccionar frente a lo mismo, sin caer en eso que uno no quiere más para su vida.

**Sergio:** en mi caso, mi familia no iba a las reuniones familiares, porque cuando hice el programa no existían las reuniones actuales y cuando empezaron a existir yo ya era empleado y no correspondía, así que cuando me lo plantearon dije que no, que no quería tener reuniones.

### **Silvia, ¿qué pasó después de ese momento que vos registras como de cambio?**

**Silvia:** hacía las cosas con otras ganas y el tiempo ya no pasaba tan lento como antes. Trataba de empezar a hablar, aunque no tuviera ganas, pero lo ejercitaba. Empecé a subir de jerarquía de vuelta. Cuando tenía diecinueve meses había llegado a coordinadora de seguridad y se escapó un chico, con lo cual me mandaron desocupada de vuelta. Tal vez ese chico no estaba en condiciones de salir de la casa y lo habla mandado a buscar hielo. Ahí lo sentí muchísimo. Yo estaba realmente haciendo las cosas con ganas pero no fui totalmente responsable de mi trabajo. Igual de ahí salí coordinadora de vuelta y empecé a tener culpa. Había un chico que me hablaba, me decía que cuando estuviéramos afuera nos íbamos a ver y esas cosas. Tendría que haberlo mandado al frente pero no lo hice.

### **¿Qué pasa con las relaciones entre hombres y mujeres en el programa?**

**Silvia:** no se puede. Es una norma, y no es sólo eso. Si estás adentro del programa y estás con una persona te fijás en ella y te desvía del objetivo fundamental. A muchos seguramente les sucede, y otros por ahí no lo hablan porque después te marcan el error

constantemente, y eso a nadie le gusta, por eso se lo callan. Es mejor que no te pase nada con nadie, porque puede traer actitudes que lo perjudican a él y a vos. No se puede separa.

**Sergio:** ya no podés ser objetivo con esa persona. hay cosas que se te complican cuando hay una relación más cercana, no podés decir que no. La palabra sexo en el programa significa permitir, hacé lo que vos quieras que no digo nada, sería. Algo así como «tomate una línea que está todo bien».

**Silvia:** de algo te tenés que agarrar cuando te alejas de la droga y del alcohol, también viene por ese lado, tal vez decir que te enamoraste de alguien es como buscar un apoyo, algo. Yo trabajaba con ese chico y me hacía la boluda, no decía ni sí ni no, la dejaba pasar, como si fuera una forma posible. Y con el paso del tiempo me empezó a pesar la culpa. Llevaba muchos meses adentro, empezó a repercutir en el trabajo, me trababa, podía haber sido eso como otra cosa, pero era eso. Hasta que no pude más, era coordinadora de seguridad y estaba muy mal, lloraba todo el día y me quise mandar desocupada, con una excusa. Lo llamaron a Juan y él me habló, me dijo que no sea tonta, que si tenía una culpa que le confesara, porque todos se daban cuenta, por más que yo no quería hacerme cargo porque me costaba reconocer mis errores. Me quedé más tranquila.

**Sergio:** es que la culpa, de adentro, es equivalente a la droga. En la sociedad robar, drogarse es ir en contra de la sociedad. En el programa, la culpa implica ir en contra del sistema y de uno mismo. Por eso, adquirir culpa es la droga, porque «me la aguanto». Pero la culpa empieza a pegar como droga cuando uno está haciendo un tratamiento a conciencia, cuando ya estás con la camiseta de IBICUY puesta, sale de uno. Y uno puede decir «yo permití que tal me diga que me quiere» o algo así. Si Silvia hubiera estado en otra etapa del tratamiento hubiera sido diferente, se le hubiera aplicado presión, hacerle ver que tenía culpa.

**Silvia:** igual se me aplicaba presión, pero pasaba por otro lado, porque sólo conque ellos me miraran yo sabía que algo estaba mal.

**Pero a esa altura ya tenías un trabajo hecho sobre tu persona.**

**Sergio:** es que al principio no le das la importancia que tiene, lo despreciás, pensás que quiénes son estos para que pare al frente y confiese cosas que hice, ¡y encima que me ponga yo mismo una consecuencia!

**Silvia:** confesé culpa delante de toda la casa, lo mandé al frente y seguí con mi trabajo, si me mandaban desocupada no me importaba. Mi excusa para estar mal era el tiempo, y en realidad era que no estaba limpia conmigo misma. Ese chico se escapó y me mandaron de coordinadora a otro departamento, no me mandaron desocupada, y a la semana salí secretaria de Staff, que era la etapa final, lo que sería reinserción para otros.

¿Esto es voluntario?

**Silvia:** no, es una forma más de reinserción. Había actividades que tenía que hacer pero ya no era parte de las jerarquías, del sistema interno de la casa. Sí estaba en el conteo, que era la diferencia con reinserción. Había más límites. Pero estaba muy feliz con esa etapa final. Aunque yo no sabía cuánto tiempo más iba quedarme para irme definitivamente. Fueron dos meses y una semana hasta que un martes vino Sergio, que

ya estaba trabajando en el staff, y me dijo que preparara mis cosas porque me iba. Yo, feliz, con todos los sustos y temores, pero feliz. El miedo estaba porque era volver a la calle, probar de nuevo. No sabía con quién me iba a relacionar, qué iba a hacer.

### **¿Cómo fueron tus primeros días afuera del programa?**

**Silvia:** ni bien salí me fui de vacaciones con mi vieja, que me llevó para que me distraiga un poco. Cuando volví me deprimí mucho, incluso ya venía bajoneada del viaje. Cuesta mucho desprenderse, estaba muy acostumbrada a la convivencia con todas esas personas y es como que de algún modo te arrancan. Lloraba todo el tiempo, estaba muy mal. Pasé una semana en mi casa sin hacer nada, recién después de ese tiempo iba a comenzar a trabajar, así que estaba al pedo. Después empecé como camarera en el centro, muchas horas, y me mantenía ocupada, aunque tuve algunos problemas con el jefe y dejé. También retomé el secundario para terminarlo. Al principio me costó volver al ritmo, me faltaba método y no me concentraba.

### **¿Cómo era la sensación hacia tu propia persona cuando saliste del programa?**

**Silvia:** me sentía rara. Salía a la noche y veía cómo todos tomaban alcohol como algo normal, como era para mí antes, y no sabía dónde encajaba en todo eso. Salía y no me divertía.

### **¿Salías con los mismos amigos que antes?**

**Silvia:** no. En el trabajo conocí una chica con la que nos hicimos amigas, después lo empecé a ver a Sergio, y otro chico Damián que también salió del programa. Mi vieja se había mudado, eso me ayudó bastante, y además tenía muy en claro que a esas personas no las podía ver. Todavía no me di lugar a hacerme nuevos amigos.

### **¿Y ahora cómo estás?**

**Silvia:** estoy tratando de defenderme un poco sola. Me cuesta desprenderme del programa, me seguía viendo con toda la gente que sale de allí. Al principio iba a visitar, fui dos o tres veces. Siento que todavía no empecé a hacer mi vida. Ahora estoy en una etapa en la que estoy tratando de tranquilizarme un poco, en vez de salir con cualquiera tal vez elijo quedarme en mi casa. Ahora me divierte ir a bailar, antes era imposible si no tomaba alcohol, me sentía demasiado sobria, ahora bailo y me divierto. También tenía ganas de empezar un curso de dibujo, que es algo que está dentro de lo que me gusta, el día de mañana si no me dedico, seguramente será un hobby.

### **¿A vos, Sergio, que te pasó? ¿Cómo fue tu experiencia de salida?**

**Sergio:** lo mío en estos últimos años fue bastante particular. Yo lo sabía de antemano, creo que soy uno de los únicos, sabía que me iba casi un mes antes. Hace ocho meses que vine de Paranacito a Capital. Tenía veinte meses en el programa y el cargo mayor de la casa, cuando vino Juan Carlos y me dio una comunicación formal: me dijo que era evidente que el trabajo no me costaba, que estaba todo muy bien pero que había algo fundamental. Trabajaba mucho, era muy «maquinista» y cumplía pero, ¿qué pasaba adentro? Yo no tenía proyecto para cuando saliera. No sabía qué iba a hacer. Solamente sabía que con mi familia no podía volver, porque de ocho varones, cinco andábamos en la misma historia: uno preso, al otro lo mataron. Mi entorno familiar no es el más adecuado para que yo me insertara con ellos. Juan vino a darme el alta formal pero diciéndome que trabajaba muy mecánicamente, que tenía que empezar a ver qué quería de mi vida.

Entonces iba a ser coordinador pero en un cargo menor, no de seguridad, sabía que en diez o quince días me iba pero antes tenía que levantar un departamento donde las cosas andaban mal. Hice ese trabajo, repunté el departamento, tenía muy buenas relaciones con todos, la gente me escuchaba, pero no daba más. No era que estaba podrido sino... cansado.

Tiré la toalla, no quería saber más nada pero desde el cansancio. «no tengo ganas de seguir sosteniendo esto» pensé, y me mandé desocupado. Ese fue el que más sentí de todos los que tuve: fue como un despertar y darme cuenta. Empecé a mostrarme realmente como tenía que ser. Hasta que me llamaron, un 9 de septiembre y me dijeron que el 1 de octubre me iba a reinserción. Pero había venido Juan anteriormente y salimos a conversar, y me ofreció la posibilidad de trabajar ahí, trabajar tres meses como staff en reinserción y después quedarme como empleado. Me gustó, me daba la posibilidad de quedarme a vivir ahí, y yo estuve de acuerdo. El 30 de septiembre me comunicaron formalmente que había terminado el programa y que pasaba a reinserción. Desde esa fecha en 1999 hasta marzo del 2003 fui parte del staff, y de ahí me vine para Buenos Aires porque estaba estudiando Psicología; ahora dejé un poco ya que no sé si es en realidad lo que quiero estudiar. No estoy cómodo, y no acostumbro a hacer cosas donde no estoy cómodo, sé que tengo opciones entonces decidí interrumpir por el momento. Me gusta mucho el tema, pero quizá me dedique a otra cosa como operador terapéutico, acompañante o líder de grupo, pero con la carrera hice un alto.

#### **¿Se sienten agradecidos con IBICUY?**

**Sergio.** el otro día hablaba con Juan Carlos y le decía que le debo la vida. El, más que mi jefe, llegó a ser como mi viejo. Me ha bancado todo lo que significa esto. Yo no me olvido que a los seis o siete meses me podrían haber sacado de ahí y vuelta a cualquier cosa. Incluso cuando estaba terminando y estaba en reinserción, me vinieron a entrevistar ¡por primera vez! del Consejo del menor y la Familia, me sugerían algo así como que no tenía que estar más ahí y dieron una orden para que me vaya. Pero Juan Carlos se plantó y dijo «no, él se queda y yo me hago cargo de todo lo que haga falta». Por eso ha pasado a ser para mí algo muy especial, por todas estas oportunidades que me ha dado, la posibilidad de trabajar ahí, además de que hoy por hoy me dio vivienda y trabajo. Estoy muy agradecido con el sistema en sí y con Juan Carlos, confío mucho y no tengo problemas en hacer lo que esté a mi alcance por el sistema. Se lo he dicho a Juan, que no me alcanzarían las palabras, si no hubiese sido por él no sé si hoy hubiera estado hablando acá hoy con ustedes, o si estaría vivo, al ritmo que venía. Ya había tenido la experiencia de que me mataran a un hermano. Esa es mi posición con respecto al programa.

Silvia: para mí, el programa fue como volver a nacer. Cuando llegué allá, nunca pensé que me iba a rescatar, más que nada porque no creía en mí, además de que ya no creía ni en mis viejos ni en las instituciones ni nada, no me sentía capaz de hacer nada. En el programa fue empezar a volver a creer en mí y en la gente, creo que es el único lugar donde yo me pude ayudar a mi misma. Haber tenido la oportunidad de terminarlo, después de que la obra social no quisiera pagarlo más, a eso estoy muy agradecida.

#### **¿Creen que IBICUY es una alternativa para ampliar, para difundir?**

**Silvia:** ojalá que desde el Estado se pueda trabajar con el mismo método, porque esto no está al alcance de todos...

**Sergio:** lo que sucede es que hay un solo IBICUY. Se han querido hacer varios. no hubo uno de los que han salido del programa que no lo hayan querido hacer, y sehan armado miles de programas que por una cosa u otra no han funcionado.

### **¿Tratar de no conectarse con gente que sale del programa es una recomendación que les dan al salir?**

**Sergio:** sucede que se convive durante dos años con gente, y al salir, yo doy este ejemplo. Dentro de **IBICUY** la exigencia es, por ejemplo, a 180 de presión. En cambio en la sociedad común, tal vez con 90 de presión uno funciona normalmente. Lo que pasa es que dentro del programa la exigencia es doble (o triple) justamente para poder salir afuera y estar preparado para lo que venga. Y pasa que uno sale y quiere todo: tener amigos, estudiar, formar una familia, tener diez hijos, ser abuelo, tener un auto, ¡quieres hacer todo a la vez! Pero también juega el miedo. En mi caso, cuando salí, tenía pánico de estar afuera. Cuando vine a Buenos Aires, por ejemplo, me mareé al cruzar la calle, todo me parecía muy raro. La dimensión del tiempo cambia mucho. Y

160 encontrarse con esta sociedad, donde hoy por hoy un chico de doce años saca un chumbo y te mata por un par de zapatillas de mierda, y ahí te das cuenta del vértigo y hay que salir preparado para eso también: uno fue «del palo», y si vienen a robarme -ojalá que no- está eso de «me comí tres años adentro y estuve en la misma que vos y ahora resulta que me venís a robar lo que me estoy comprando con mi sueldo...». Hoy, le das las zapatillas y ya está, que se vaya, pero en otro momento no hubiera reaccionado así. Y así pasa con todo en la vida. Yo pongo en la balanza todo, las amistades también. Me doy cuenta de todo, de cómo viene la gente. Si es «del palo», o no... hay que volver a construir todo. Defino **IBICUY** como una ferretería: cuando llegás te dan un bolsito y lo vas llenando con todas las herramientas que te van dando. Cuando salís, te vas solamente con el bolsito y vas usando las herramientas: la de la ansiedad, la frustración, el impulso, el control.

**Silvia:** y te sirven cuando te pasa eso de que no todo te sale como esperás, porque uno sale del programa y piensa que es Superman, y después te das cuenta de que salís a la sociedad real. Desde que entrás al programa soñas con el día que vas a salir, y cuando eso sucede te das cuenta de que tal vez hacés la décima parte de lo que calculabas pero también te das cuenta de todas esas limitaciones. Es la situación real que se te arma, entonces ahí tenés que manejar la frustración por ejemplo...

**Sergio:** por ejemplo, podés perder tu trabajo, pero podés pensar que no es tan grave tampoco perder un trabajo. Ahí adentro, en IBICUY, estás apostando a tu vida y sabés que un trabajo es un trabajo, son meses de esfuerzo y aprendés a tolerar más la frustración frente a la posibilidad de perderlo.

### **¿Qué mensaje les dejarían a los lectores?**

**Silvia:** me gustaría, en general, agradecer a la gente que me ayudó, desde mis compañeros hasta los staff, y por ahí decir que, al menos en mi caso, llegué pensando que no se podía. Y luego descubrí que sí se puede, sólo hay que poner un poco de uno mismo.

**Sergio:** como dije antes, estoy agradecido al sistema, al equipo de staff de ese momento en que hice el programa. Sé, por experiencia propia, que se puede. Es difícil para todo el

mundo, pero «persevera y triunfarás». Hay que probar, lo importante para estar bien puede ser muy amplio, pero para poder seguir el ritmo que implica la sociedad tiene que haber metas, poder llegar a sentir la adrenalina de cumplir una meta, esa adrenalina que en su momento se reemplazaba con la droga o con lo que sea. Lo que no se puede reemplazar es la personalidad: las actitudes de aguantador y mentiroso, de trucho, todavía las tengo, pero con la diferencia de que hoy las puedo controlar, puedo cumplir mi rutina de trabajo y estoy muy feliz con eso: cada vez me siento mejor al ver que mi trabajo sale bien, ya sea para mí como para los demás.

[www.ibicuy.com](http://www.ibicuy.com)

## **INDICE**

PALABRAS PRELIMINARES  
INTRODUCCION AL PROGRAMA **IBICUY**

PROLOGO  
I. LA HISTORIA DE JUAN CARLOS FERREYRA  
II. FUNCIONAMIENTO DE **IBICUY**

III. TESTIMONIOS